The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL
EM
BVO
a 00002 54488 4

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 91
no. 1-15

1233

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

BIEN VENGAS MAL SI VIENES SOLO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID,
IMPRENTA DE D. JOSÉ CUESTA, CALLE JESUS DEL VALLE, NÚM. 6.

1861.

3

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan.

Bonito viaje.
Boadicea «drama heróico»
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Hijos sin padre.

[illegible]r y la moda.
[illegible]oca!
[illegible] camisa.
[illegible]cae... resbala.

El Niño perdido...
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.

Hacer cuenta sin la huéspeda
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargantos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ageno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.

BIEN VENGAS MAL SI VIENES SOLO.

COMEDIA DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

REFUNDIDA Y ACOMODADA A LA ESCENA MODERNA,

EN CUATRO ACTOS,

POR

D. ANGEL MARÍA DACARRETE.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe en la noche del 17 de Enero de 1861.

MADRID,
IMPRENTA DE D. JOSÉ CUESTA, JESUS DEL VALLE, 6.

1861.

DIEGO. ¿Don Fadrique?
Negras las calles están.
FADRIQ. ¡Vos por aquí!
DIEGO. Como vos.
¿Qué gran cuidado á los dos
nos trajo á San Sebastian?
FADRIQ. No pienso entrar.
DIEGO. Yo tampoco.
FADRIQ. ¿Vais de paso?
DIEGO. No, me quedo
aquí esperando. (*Un momento de pausa.*)
FADRIQ. (*Con resolucion.*) No puedo
yo consentirlo.
DIEGO. ¿Estais loco?
FADRIQ. Pienso que no.
DIEGO. Que sí, creo
cuando el paso me cerrais
conociéndome.
FADRIQ. ¿Y no dais
en la causa?
DIEGO. No la veo.
FADRIQ. ¿Querreis responderme?
DIEGO. Sí;
más preguntad con cordura.
FADRIQ. ¿Qué os trajo aquí?
DIEGO. Mi ventura.
¿Y á vos?
FADRIQ. Ciego frenesí.
DIEGO. ¡No erré tanto!
FADRIQ. ¡Tal vez no!
¿qué esperais?
DIEGO. Una beldad
que amo.
FADRIQ. ¡Es casualidad!
mas lo mismo espero yo.
DIEGO. Cuando de la iglesia salga
seguirla á su casa intento.
FADRIQ. Ese mismo pensamiento
me tiene aquí.
DIEGO. ¡Dios me valga!
¡Y qué igual es nuestra suerte!
Más tarde mi amante queja...
FADRIQ. (*Interrumpiéndole con ira.*)
¡Yo iré mas tarde á su reja
á dar á un hombre la muerte!
DIEGO. ¡En su reja! ¿A qué afrentar
de una dama así el honor?
FADRIQ. Quien esclavo es del amor

¿puede en esto reparar?

DIEGO. No escusa lo enamorado
deberes de bien nacido.

FADRIQ. ¡Amante favorecido
pareceis!

DIEGO. ¡Vos desdeñado!

FADRIQ. ¡Quizás!

DIEGO. Calmad el despecho
y no hableis en vuestra mengua.

FADRIQ. *(Desenvainando.)* Bien decis; calle la lengua.

DIEGO. *(Lo mismo.)* ¡Si por Dios! que ya en mi pecho
sembrásteis la duda insana. *(Cruzan las espadas.)*

FADRIQ. Muerto os hallará á fe mia
al salir doña María.

DIEGO. *(Retirando su espada y manifestando asombro.)*
¿No se llama doña Ana?

FADRIQ. *(Haciendo lo mismo.)*
¿Qué decis?

DIEGO. Ana es el nombre
de la dama á quien adoro.

FADRIQ. No es ella por quien devoro
mal de zelos. *(Envainan ambos.)*

DIEGO. Que me asombre
dejad al ver cuán livianos
hemos la espada esgrimido,
dando, Fadrique, al olvido
que somos primos hermanos.
Una sangre en nuestras venas
es la que corre. *(Tendiéndole la mano que don Fadrique estrecha con cariño.)*

FADRIQ. Es verdad;
y hoy quiero en vuestra amistad
buscar alivio á mis penas.

DIEGO. Mandad.

FADRIQ. No estrañeis aquí
haberme hallado tan loco;
que ya os confesé, hace poco,
que me trajo un frenesí.

DIEGO. ¿Y es...

FADRIQ. De doña María
de Toledo ciego amante,
largo tiempo há que constante
si no feliz, la servia.
Nunca pudo mi fineza
un favor de ella alcanzar;
mas yo esperaba ablandar
su desdeñosa altiveza.
Así, estimando ventura

el mirarla, aun con enojos,
han sido siempre mis ojos
girasol de su hermosura.
Y viviendo en ella más
que en mí mismo, loco y ciego
adonde quiera, don Diego,
fuí de sus pasos detrás.
Nunca el cielo permitiera
me afanase ¡hado enemigo!
en saber si cual conmigo
era con todos tan fiera!

DIEGO. ¿Por qué?

FADRIQ. Mi industria ganó
la codicia de un criado
y por él desengañado
quedé de...

DIEGO. ¿Se casa?

FADRIQ. No;
mas pudo saber mi afan
que á escuchar amantes quejas
va de su patio á las rejas
estas noches un galan.

DIEGO. ¡Fuerte empeño!

FADRIQ. ¿Perdonais,
pues, que así desatinado
os dijese?...

DIEGO. Tan culpado
estoy como vos lo estais:
y aun más; que sin causa alguna
con la sospecha agravié
á quien dueño de mi fé
hizo Dios por mi fortuna.
Pero un pecho enamorado
todo es dudas y recelos.

FADRIQ. No sabe lo que son zelos
quien no se vé desdeñado.

DIEGO. ¿Y pensais...

FADRIQ. Ya mayor mal
mi negra estrella no alcanza;
y pues murió mi esperanza,
he de matar mi rival.

DIEGO. Mas...

FADRIQ. ¡Y á los ojos de ella!

DIEGO. La razon no lo consiente.

FADRIQ. El hombre que zelos siente
¿por qué razon no atropella?

DIEGO. ¿El os ha ofendido?

FADRIQ. No.

DIEGO. Entonces...
FADRIQ. Le he de matar.
DIEGO. Ved que lo habré de estorbar,
si puedo estorbarlo yo.
FADRIQ. ¿Vos por él...
DIEGO. No, me intereso
por vos que soy vuestro amigo
y vuestro deudo, y me obligo
á evitar tamaño exceso.
FADRIQ. Dejad tal empeño.
DIEGO. Vos
reportáos.
(A este tiempo empieza á salir la gente de San Sebastian, suponiéndose que ha terminado la salve: criados con linternas y con hachones acompañan á las damas que, seguidas de los rodrigones y dueñas, desaparecen por las distintas calles que se figuran en el teatro. Los caballeros acompañan á las damas, las siguen á distancia ó van juntos conversando entre sí. Todo este movimiento debe durar, disminuyendo gradualmente hasta la terminacion de la escena que sigue.)
FADRIQ. Si mal no miro,
ya salen: yo me retiro.
DIEGO. *(Embozándose.)* Yo me quedo.
FADRIQ. *(Yendo á confundirse entre la gente.)*
Guárdeos Dios.

ESCENA II.

DON DIEGO, DON BERNARDO, DON LUIS, DOÑA ANA, DOÑA MARÍA, INÉS, JUANA, GUZMAN *y dos criados con linterna. Don Diego, á medida que se acercan los que vienen á la casa de Don Luis, se aparta de ella con recato, y se para en el lado opuesto entre la verja de San Sebastian y las rejas de la casa de Doña Ana.*

BERN. *(A Don Luis.)* Os habemos de servir.
LUIS. ¡Tanta merced!...
ANA. *(A Doña María.)* En tu casa
quiero dejarte.
MARIA. Mi afecto
estima el tuyo y lo paga.
ANA. Déte Dios muy buenas noches.
MARIA. Adios, bella doña Ana.
(Doña María pasa á hablar con Don Bernardo y con Don Luis que hablan entre sí.)

BERN. Quedáos.
LUIS. He de acompañaros
tambien hasta vuestra casa.
ANA. *(A Inés aparte)* ¿Será aquel bulto don Diego?
INES. Tal sospecho.
ANA. En la ventana
dí que me espere.
INES. Sí haré.
(Entran Doña María, Juana y uno de los criados con linterna en la casa: Don Bernardo y Don Luis se vuelven, y al ver Doña Ana que este se dispone á acompañarlos, dice:)
ANA. No os canseis. *(A Don Luis.)*
LUIS. Jamás en nada
me honraré como en serviros.
(Vánse todos menos Don Diego, por la calle de la derecha. Inés, antes de salir, se queda un poco atrás, y dice al paso á Don Diego:)
INES. Espera aquí á doña Ana.

ESCENA III.

DON DIEGO, *solo.*

Que espere aquí: de las Huertas
en la calle está su casa,
y con dar la vuelta solo
por las rejas de la espalda
como otras veces querrá
que hablemos... ¡Por Dios, me cansa
ya del señor don Luis
la urbanidad estremada!

ESCENA IV.

DON DIEGO, INÉS *á la reja.*

INES. Cé, don Diego.
DIEGO. *(Acercándose á la reja.)* ¿Inés?
INES. Aguarda
solo un instante no más;
que ya mi señora baja.
DIEGO. A mi amor y mi impaciencia
ya les parece que tarda.
INES. Ha subido don Luis...
DIEGO. ¡Qué bien mis enojos calmas!
INES. ¿Porqué?
DIEGO. Porque mientras yo...

ANA. ¡Mi don Diego! *(Acercándose á la reja.)*
DIEGO. ¡Doña Ana!

ESCENA V.

DON DIEGO *y* DOÑA ANA, *á la reja.*

ANA. Inés...
INES. Descansa en mi celo. *(Vase.)*
ANA. ¡Qué enfadosa cortesía!
DIEGO. ¿La de quién?
ANA. La de don Luis.
DIEGO. Confieso que me fatiga
ya tanto empeño en servirte,
y si tú...
ANA. Calla: no digas
como otras veces palabras
que mi corazon lastiman.
DIEGO. No diré.
ANA. Y aquese ceño
has de borrar, que adivinan
mis cuidados en tu frente.
DIEGO. Ya lo borré.
ANA Tu sonrisa.
No alcanzo á ver.
DIEGO. Muy bien puedes
ya que no verla, sentirla.
ANA. ¿De qué modo?
DIEGO. *(Le coje la mano y se la besa.)* De este modo.
ANA. Basta: ya estoy convencida.
¿Por qué no fuiste á la Salve?
DIEGO. Con don Fadrique de Silva
mi primo me hallé... *(Siguen hablando entre sí.)*

ESCENA VI.

DICHOS, DON JUAN, ESPINEL.

JUAN. Que es tarde,
y espera doña María,
vamos, Espinel.
ESPINEL. Señor,
vé que si bien lo examinas
esto es meterte en la boca
del lobo.
JUAN. ¿Qué importa?
ESPINEL. *(Mirando al portal de la casa de don Luis.)*
Mira

que está el portal que da susto.

JUAN. ¿No callas?

ESPINEL. El mejor dia
ó mas bien la mejor noche
el hermano nos descrisma,
armándonos emboscada.

JUAN. ¡Qué enojosa cobardía!

ESPINEL. El que no está enamorado
para nada necesita
ser valiente.

JUAN. Calla y entra.

(Le da un empellon y entran ambos en la casa.)

ESCENA VII.

DON DIEGO, DOÑA ANA, *á la reja.*

ANA. Es achaque de familia.

DIEGO. ¿Cómo así?

ANA. Corriendo el tiempo
en llamando á un hombre Silva
valdrá llamarle celoso.

DIEGO ¿Y quién esa profecía
os mostró?

ANA Cierto galan
que tanto á dudar se anima,
tanto á sospechar se alienta,
tanto á ofender se da prisa,
que á no amarle cierta dama
mas que en el mundo se estila,
le hubiera...

DIEGO. ¿Qué?

ANA No le hubiera
nada: que tanto le estima,
que la ocasion de no verle
ni siquiera la imagina.

DIEGO. ¿Qué hacer podrá ese galan
para merecer tal dicha?

ANA. Amar con fé.

DIEGO. Yo te juro
que jamás...

INES. *(Saliendo.)* Señora mia,
vamos, que tu padre llama.

DIEGO. Adios, iman de mi vida.

ANA. Adios, don Diego el zeloso.
(Vánse Doña Ana é Inés.)

DIEGO. Noche de mi amor amiga,
el bien que la luz me roba

vuélveme pronto benigna.
(Váse por la calle de la izquierda.)

ESCENA VIII.

DON FADRIQUE *solo, baja por el fondo, hasta pararse frente á la casa de Don Luis.*

FADRIQ. Ya gozando en su ventura
se aleja de aquí don Diego.
No podrá estorbarme. Ahora
rondaré la calle... Pero
no, mas seguro esperarle
será en el patio. Si puedo
conseguir que mis razones
le convenzan... ¡Mas qué veo!
entre las sombras del patio
un hombre distingo. ¡Cielos
para que matarle pueda
calmad la furia que siento. *(Entra en la casa.)*

ESCENA IX.

DON LUIS, GUZMAN.

GUZMAN. Al amor, tiempo y fortuna
todo es posible señor;
no hay cosa que á su rigor
se defienda.
LUIS. Si no es una:
una sola es imposible.
GUZMAN. ¿Y cuál juzgas?
LUIS. La mujer
cuando da en aborrecer;
que es su condicion terrible,
si ya con fuerza suprema
el gusto y la bizarría
hace del rigor porfía
y hace del agravio tema.
GUZMAN. Á la opinion respondiera
defendiendo las que son
de aquesa regla escepcion
si ya tan tarde no fuera.
Entrate á acostar.
LUIS. ¡Qué poco
descansará mi dolor!
GUZMAN. Siempre duerme poco amor
por lo que tiene de loco.

Entremos en casa presto;
que yo como no he querido
estoy al sueño rendido.

LUIS. Vamos pues. Pero ¿qué es esto?
(Al dirigirse hácia la puerta de la casa se oyen dentro cuchilladas y se paran ambos.)

GUZMAN. El ruido adelante pasa.

LUIS. ¿Es dentro de casa?

GUZMAN. Sí.

LUIS. ¡Cuchilladas, ay de mí,
á estas horas y en mi casa!
Quién son tengo de mirar.

GUZMAN. *(Aproximándose á la puerta.)*
Ya ellos nos dicen que son
hombres de honra y opinion.

LUIS. ¿Por qué?

GUZMAN. Riñen sin hablar.

LUIS. Entra conmigo.

GUZMAN. Sí haré;
Mas ya á la calle han salido.
(Retiranse Don Luis y Guzman de la puerta y se embozan.)

ESCENA X.

DICHOS, DON JUAN *y* DON FADRIQUE.

(Don Juan y Don Fadrique vienen acuchillándose.)

LUIS. (Cubierto y desconocido
mejor la ocasion sabré
de un agravio y mi deshonra.)
(Se acerca á los que riñen.)
Caballeros, por si acaso
un hombre que sale al paso
con obligaciones de honra
algunas treguas previene
á vuestro acero...
(Don Juan y Don Fadrique siguen acuchillándose sin atender á Don Luis. Don Juan hace retroceder á su adversario hasta que entran ambos por la calle que está á la izquierda del espectador. Se oye desde dentro la voz de Don Fadrique.

FADRIQ. *(Dentro.)* ¡Ay de mí!

GUZMAN. Uno cayó

JUAN. *(Sale con la espada desnuda.)* Ahora de aquí
ausentarme me conviene.

LUIS. Caballero á mí tambien *(Saliéndole al paso.)*
me conviene el deteneros.
JUAN. ¿Y por qué?
LUIS. Por conoceros;
que en esta calle no es bien
que nos dejeis empeñados
á un notable desconcierto
en prendas de un hombre muerto.
JUAN. Caballeros embozados,
si el advertir, si el mirar
á un hombre ya tan restado
en vuestro necio cuidado
no ha merecido lugar,
dádmele por mí, pues no
os va nada en conocerme...
O el lugar habré de hacerme
con aquesta espada yo.
LUIS. Tambien tenemos los dos
espada, tambien tenemos
los dos valor, y os habemos
de conocer, vive Dios.
JUAN. Justicia debeis de ser.
LUIS. Mas no os habeis de encubrir.
JUAN. Me habeis sentido reñir
pero no me habeis de ver.
Pues que probásteis mi alarde
de valiente y recatado
vereis que huye de alentado
quien no huyera de cobarde.
(Hecha á correr por la derecha del espectador.)
LUIS. Síguele Guzman.
GUZMAN. Apenas
el viento podrá.
LUIS. ¿Qué haremos
en tan dudosos estremos
de desdichas y de penas?
GUZMAN. Irnos á acostar, señor
pues que tan veloz ha huido,
y despues de haber dormido
pensaremos lo mejor.

ESCENA XI.

DICHOS, ESPINEL.

ESPINEL. Ya la calle sosegada.
de la pendencia se vé,
ahora salir podré

sin recelarme de nada.

GUZMAN. Otro hombre solo ha salido *(Ap. á su amo.)*
de casa.

LUIS. ¡Ay rigor cruel! *(Desenvaina la espada.)*

GUZMAN. ¿Qué vas á hacer?

LUIS. Saber de él
lo que habemos pretendido.
¿Quién vá?

ESPINEL. Si ese acero ya
ocupado el paso tiene
pregunte quién se detiene
y no pregunte quién va;
pues no va un hombre que aquí
no tiene por donde pueda,
y mas que se vá, se queda.

LUIS. Diga quién es.

ESPINEL. Eso sí.
Ahora que ha preguntado
en forma y razon, diré
quién fuí, quién soy, y seré.

LUIS. Decid presto.

ESPINEL. Soy criado
de un honrado caballero
andaluz y granadino
que á la corte á un pleito vino
con mas amor que dinero.
Este aquí gastando pasa
la vida, y fué de su llama
causa, señor, una dama
que vive en aquesta casa.
Hoy que en ella hemos entrado
á acechar por una reja
de ese patio (que no deja
mayor lugar el cuidado
de un caballero, que es
su hermano) un hombre se entró
tras nosotros que obligó
ó atrevido ó descortés
á decir que qué esperaba.
El ó galan ó zeloso
de la dama muy brioso
le respondió que allí estaba
porque en el mundo no habria
quien del puesto le quitase,
estorbase ó no estorbase.
Entonces la bizarría
de mi amo, respondió
con el acero. Riñeron

y hasta la calle salieron...
Lo demás no lo ví yo:
que juzgo indigno de mí
cuando están riñendo dos
á ninguno ¡vive Dios!
ayudar... y me escondí.
Esta es la trágica historia,
y pues habreis entendido
quién yo soy, seré y he sido;
aquí paz y despues gloria.

LUIS. (Válgame el cielo, qué haré)
mi duda en tús manos dejo *(A Guzman.)*
Guzman.

GUZMAN. Señor mi consejo
es el mismo que antes fué.
Ahora ¿qué has de averiguar?
Si este hombre mas supiera
mas dijera.

ESPINEL. Si dijera,
miren si hay que preguntar.

LUIS. El nombre al punto declara
de tu amo.

ESPINEL. En el instante
que soy doncel declarante.
Llámase don Juan de Lara.

LUIS. No le conozco.

ESPINEL. Es favor
del cielo: ¡Al mismo pluguiera
que yo no le conociera.
¿Pero no me dais señor
licencia?

LUIS. De mala gana

ESPINEL. Yo tan obediente soy
que de muy buena me voy. *(Vase.)*

ESCENA XII.

DON LUIS *y* GUZMAN.

LUIS. ¡Ay honra mia, ¡Ay hermana!

GUZMAN. No quieres, señor, tomar
el consejo...

LUIS. Sí, esperemos
hasta mañana y entremos
en casa á disimular.

GUZMAN. ¿No á tu hermana tus desvelos
dirás?

LUIS. No: despertador

es de agravios del honor
el hombre que pide zelos.
Callar me toca y fingir:
así el valor se acrisola;
que zelos de la honra sola
una vez se han de pedir.
¡ Mal pagado está mi amor,
mi honor herido!

GUZMAN. Entra en casa.
¡Qué buena vida se pasa
sin amor y sin honor!
(Entran ambos y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Bernardo. Puerta en el fondo que conduce al exterior. Puertas laterales que llevan á las habitaciones interiores. Entre los muebles habrá una mesa aislada en el centro del teatro.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA, INÉS.

INÉS ¡Qué hermosa te has levantado!
Esta vez sola, señora,
no hiciera falta la aurora
cuando en su cristal nevado
dormida hubiera quedado;
pues tu luz correr pudiera
la cortina lisonjera
al sol, siendo sumiller
de uno y otro rosicler,
deidad de una y otra esfera.
Bien el concepto español
dijera, viéndote ahora...

ANA. ¿Qué?

INÉS Que en tus ojos, señora,
madrugaba el claro sol.
Dijera, al ver tu arrebol,
quien á tu rigor se ofrece,
quien tus desdenes padece,
Don Luis...

ANA. La lengua ten;
que eres la primera en quien
la alabanza desmerece.
Tu discurso, dando igual,
Inés, el gusto y enfado,
fué caballo desbocado;

corrió bien y paró mal.

INÉS. No te precies de leal
tanto; porque no ofendió
á quien tu amor mereció
mi voz. ¿Qué mujer se enfada,
señora, de ser amada?

ANA. Inés, yo me ofendo, yo.
Amo á don Diego, y ha sido
por tanto ofensa á mi honor...

INÉS. ¿Cuándo, señora, el amor
se vió por esto ofendido?
¿Es don Diego tu marido?
Tal escrúpulo no es justo;
que uno es honor, y otro es gusto;
y no advertir es error
lo que hay del gusto al honor.

ANA. ¡Qué argumento tan injusto!
Ofender, Inés, no es bien
lo que ha de quererse; y piensa
que quien al gusto hace ofensa
se la hará al honor tambien.
No de rendir mi desden
trate don Luis; que mi vida
está á don Diego rendida;
y así acabemos, porque...

INÉS. Perdona, que no pensé
verte por esto ofendida.

ESCENA II.

DICHAS, DOÑA MARÍA, JUANA.

(Entra Doña María, y al dirigirse á Doña Ana las criadas hablan entre sí.)

MARÍA. ¡Qué descuidada estarias
de tener, bella doña Ana,
visita tan de mañana!
Déte Dios muy buenos dias.

ANA. Si tú los rayos envías
del sol al amanecer,
es fuerza que hayan de ser
muy buenos. Dame los brazos.

MARÍA. Pienso que en tan dulces lazos
consuelo habrán de tener
mis males.

ANA. ¿Qué dices?

MARÍA. ¡Vengo
muerta! Y tan solo de tí

me atrevo á fiar aquí
un gran disgusto que tengo.

ANA. Ya para oir me prevengo,
siéntate.

MARÍA. Conmigo lucha
la vergüenza, porque es mucha,
y muchas las ánsias mias.

ANA. Bien sabes de quién te fias.
Dí: no temas.
(Hace seña á los criados de que se retiren. Ellos obedecen.)

MARÍA. Pues escucha:

ESCENA III.

DOÑA ANA, DOÑA MARÍA.

MARÍA. Yo bellísima doña Ana,
(que ya negarte no es bien
secretos que tantas veces
á mí misma me negué)
yo... no sé por donde empiece...
¡ay de mí!... Yo ví, yo amé...

ANA. Ya no tienes que dudar
ni yo tengo que saber;
pues en que amaste se cifran,
por decirlas de una vez,
cuantas desdichas pudieras
repetir y encarecer.

MARÍA. No fué la mayor de todas,
con ser tan grande el querer,
sino las que se siguieron
á la primera; porque
nunca viene solo un mal.

ANA. ¡Ay amiga, verdad es;
que del mal que viene solo
se debe dar parabien!

MARÍA. El favor que mereció
en mí un caballero, fué
dar licencia á ojos y oidos
para oir y para ver
lo turbado de la voz,
lo advertido de un papel.
Mirábale, pues, de dia,
de noche le hablaba, pues,
por una reja á las horas
que mi hermano, amante fiel
de tu hermosura, rondaba

tu calle.

ANA. *(Interrumpiéndola como con disgusto.)*
Prosigue, pues.

MARÍA. Anoche, estando conmigo
sentimos, doña Ana, que
á la reja se acercaba
con lento y turbado pié
un hombre. Causó á los dos
grande novedad, por ser
dentro de casa la reja
donde hablábamos; si bien
á mí me dió el corazon
que era un caballero á quien
(y fué la verdad) habia
muchos años mi desden
desengañado. Don Juan,
en viéndole, se fué á él:
pocas razones se hablaron,
que yo apenas escuché,
cuando al acero los dos
de la causa hicieron juez:
mira tú, valido este,
mira tú, celoso aquel,
cómo los dos reñirian.

ANA. ¡Ah! bien se deja entender;
que con zelos y favores
dicen que se riñe bien.
¿Y...

MARÍA. Salieron á la calle,
donde (¡ay amiga, no sé
como prosiga!) cayó
muerto el uno: echa de ver,
pues que yo quedé con vida,
que el aborrecido fué:
si bien es fuerza que sienta
el caso por mí y por él;
que al fin le costó el quererme
la vida. Vino despues
á poco tiempo mi hermano:
lo que vió, yo no lo sé;
lo que ha sospechado, sí;
pues, aunque se quiso hacer
desentendido, me dió
con acciones á entender
su sentimiento; que agravios
no se disimulan bien.
Por esto vengo á decirte
mi desventura, y tambien

á fiar de tí mi alma,
mi honor, mi vida, mi ser.

ANA. Manda: ¿qué quieres de mí?

MARÍA. Lo que de tí quiero, es
que con secreto me guardes
estos papeles que ven
tus ojos, y este retrato;
que no es bien que en mi poder
estén prendas que descubran
los estremos de mi fé:
que hablan mucho, doña Ana,
una pluma y un pincel.
Secretario de mi amor
tu pecho, amiga, ha de ser;
y no leas por tu vida,
aunque en tu poder estén,
los papeles que te doy;
porque, aunque discreto es
su dueño, á una necedad
la da estimacion tal vez
la ocasion en que se dice:
y no es discreto un papel
sino en manos de su dueño;
que á quien desde afuera vé,
como ignorante de amor,
nada le parece bien.

ANA. No temas, hermosa amiga,
que falte mi pecho fiel
á cuanto pides: por tuyo
y por amoroso es
tal tu pesar, que en el alma
mas dura hubiera de hacer
impresion: ¡yé si la mia,
corresponderá á tu fé!
Penas lloras, soy tu amiga,
sientes amor, soy mujer:
¿en quién mejor confiarte
hubieras podido, en quién?
Dame esas prendas, y vive
segura de que entender
nadie podrá que la causa
de tus pesares yo sé;
y solamente tus ojos
verán retrato y papel.

MARÍA. Páguete el cielo, Ana bella
tan cariñosa merced.
Toma pues. *(Entrégale una caja.)*

ANA. Díme tú ahora,

porque del todo yo esté
informada, qué se dice
del muerto y qué hicieron dél.

MARÍA. Que en una silla á su casa
le llevaron sólo sé;
corriendo al punto la voz
de que le dieron cruel
muerte; mas sin que nadie
dijese cómo ni quien.

ANA. ¿Que hace tiempo te servia
me dijistes?

MARÍA. Así es.
Mas ¿por qué me lo preguntas?

ANA. Siento el recelo de que
haya causas que me obliguen
á doblar el interés
que en ocultar tu secreto
tengo.

MARÍA. No acierto á entender...

ANA. Descansa en mí, y este enigma
á tiempo te esplicaré.

MARÍA. Adios, que es tarde y no puedo
sosegar con mi cruel
cuidado.

ANA. Siento que ha sido
él la causa del placer
que me da verte en mi casa.

MARÍA. Si me hizo amor la merced
de que en ella se calmasen
mis lágrimas, justo es
que á ella vuelva á consolarme
de mis penas.

ANA. Ya lo sé:
que me dejas prenda aquí
que te traerá alguna vez.
No viendo al dueño, el retrato...

MARÍA. No prosigas, no, que es
esto ofensa á mi amistad.

ANA. ¿Quién tal piensa?

MARÍA. Yo: vendré
primero por verte á tí...

ANA. ¿Y luego? *(Sonriendo.)*

MARÍA. *(Señalando á la caja que tendrá Doña Ana y sonriendo.)*
Por verle á él.
(Váse por el fondo á tiempo que entra Inés.)

ESCENA IV.

DOÑA ANA, INÉS.

ANA. ¿Inés? *(Dejando la caja del retrato sobre la mesa.)*
INÉS. ¿Señora?
ANA. ¿Has oido
todo lo que pasa?
INÉS. Sí;
y dudar eso de mí
pregunta escusada ha sido
por dos razones.
ANA. ¿Y son?
INÉS. La una, porque sirviendo
era forzoso que, viendo
á mi ama en conversacion,
yo me llegara á escuchar
lo que hablaba, que esta es
ley nuestra.
ANA. ¡Porque despues
tuvieses que murmurar!
INÉS. ¡Pues! La segunda razon,
para haberlo yo sabido,
es que con Juana he tenido
aparte conversacion.
ANA. Pues si los sabes, Inés,
juzga, á decirlo no acierto,
mi cuidado; creo que el muerto
primo de don Diego es.
INÉS. ¡Qué dices!
ANA. Tal lo sospecho:
fuerza á don Diego es callar
el lance.
INÉS. Puedes fiar
que no saldrá de mi pecho.
Y ya que no ignoro sabes
lo que pasa, veamos, pues,
quién aquel Adonis es
que causa estremos tan graves.
ANA. *(Dirigiéndose hácia la mesa para cojer la caja.)*
Es cierto; á quien tanto amor
causa, conocer es justo.
INÉS. Desdeñarlo fuera injusto:
¡que se acerca mi señor!
(Dice este último verso á tiempo que aparece por el fondo Don Bernardo leyendo un papel y

seguido de Espinel. Doña Ana, despues de procurar en vano guardarse en el pecho la caja, la suelta sobre la mesa y pasa precipitadamente al lado opuesto del teatro.)

ANA. Oculta la caja ahí luego.
(Señalando á varios libros y objetos que habrá sobre la mesa.)

INÉS. *(Despues de esconder la caja y pasando al lado de Doña Ana.)*
Cóbrate, que te has turbado.

ANA. No estoy en mí, ten cuidado.

INÉS. Entre bobos anda el juego.

ESCENA V.

DICHAS, DON BERNARDO, ESPINEL.

BERN. *(Leyendo para sí.)* «La vida me vá el hablaros con secreto: no me importa menos. Esperadme en vuestra casa, y procurad estar solo en ella. Don Juan de Lara.»
(En extraña confusion
me ha dejado este papel.
¿Qué querrá decirme en él
don Juan, que la prevencion
y la brevedad declara
gran secreto y gran cuidado?) *(A Espinel.)*
Decidme: ¿sois vos criado
del señor don Juan de Lara?
(Seña afirmativa de Espinel.)

BERN. *(Reparando en Doña Ana.)*
Ana, ¿tú estabas aquí?

ANA. Que acabases de leer
esperé, para saber
de tu salud y de tí.

BERN. Yo estoy bueno: vete ahora
porque me importa quedar
solo: que tengo que hablar
con este hidalgo.

INÉS. ¡Ay señora!
¿Qué haré del retrato?

ANA. Inés,
esperar adentro un rato
á mi padre, que el retrato
ya lo veremos despues.
(Vánse por una de las puertas laterales.)

ESCENA VI.

DON BERNARDO, ESPINEL.

BERN. Decidme, pues: ¿el criado
vos sois del señor don Juan?
ESPINEL. Mis desdichas lo dirán.
BERN. ¿Qué es esto que le ha pasado
que con tantas precauciones
me escribe?
ESPINEL. Yo no lo sé;
porque á esas horas me hallé
rezando mis devociones.
Anoche le sucedió
allá no sé que desman.
BERN. Mocedades de don Juan
serian.
ESPINEL. Más pienso yo
que vejeces.
BERN. ¿Fué de amor
la causa?
ESPINEL. Si te confieso
la verdad, amor fué.
BERN. Y eso
¿no es mocedad?
ESPINEL. No señor,
sino vejez.
BERN. ¿Qué pasó?
ESPINEL. No lo sé; pero yo infiero
que dió muerte á un caballero.
BERN. ¡Qué decis!
ESPINEL. Lo que él contó.
BERN. Muerte á un caballero?
ESPINEL. Sí.
BERN. Y esta ¿no fué mocedad?
ESPINEL. Heregía es en verdad
creer eso.
BERN. ¿Cómo así?
ESPINEL. A Cain traigo por juez.
La fé en la Escritura advierte
que no es mocedad dar muerte,
sino la mayor vejez.
BERN. ¡Qué gracias, señor, tan frias!
Dejadlas ya, porque son
para quien habla en razon,
necias las bufonerías;
y decidme dónde queda

don Juan.

ESPINEL. En San Sebastian
está en el coche don Juan
de un amigo hasta que pueda
venir acá: que no quiso
porque no os canseis por Dios,
que fuésedes hallá vos;
y así criado de aviso
vine yo.

BERN. Vamos por él.
(Se disponen á salir por la puerta del fondo á tiempo que aparece Don Juan.)

ESPINEL. Excusada diligencia;
que aquí lo trae su impaciencia.

BERN. Pues retiráos, Espinel.

ESCENA VII.

DON BERNARDO, DON JUAN.

JUAN. Bésoos la mano, señor
don Bernardo.

BERN. Dios os guarde,
señor don Juan.

JUAN. Novedad
os habrá hecho muy grande
que os vea...

BERN. Dispuesto á serviros
con mi hacienda, con mi sangre,
con mi honor y con mi vida.

JUAN. Tomad silla y escuchadme. *(Siéntanse ambos.)*
Fiado en la amistad
que profesais con mi padre,
señor don Bernardo, creo
que de vos debo ampararme
por él, por vos y por mí
en cualquier desdicha ó trance
que tuviere.

BERN. Así es; por él,
por las grandes amistades
que ambos tenemos cursadas
en las escuelas de Marte
donde á ser buenos amigos
aprenden los que las saben.

JUAN. Por mí, porque hoy en la corte
no tengo en mi amparo á nadie;
por vos, porque sois quien sois,
y es fuerza que pechos tales

amparen y favorezcan...
BERN. Id con el caso adelante.
JUAN. Anoche, por no cansaros,
(con ocasiones bien grandes)
á las puertas de una dama
principal, ilustre y grave,
á un caballero, señor,
dí la muerte en una calle.
De este suceso no sé
si se ignora ó si se sabe
el agresor: y así estoy
en este caso cobarde;
porque hay criados que fueron
de mi amor participantes.
Si me estoy en mi posada
es muy posible buscarme,
hallarme en ella y prenderme;
si pretendo que me guarde
iglesia ó embajador,
es darme luego por parte
y culparme yo á mí mismo;
y por tanto, retirarme
quisiera por unos dias
donde seguro me hallase
ni en público ni en secreto.
No tengo de quién fiarme
sino de vos. Ved ahora
dónde podré estar, y amparen
vuestros años á un rendido
huésped que de vos se vale;
que en vuestras manos se pone
y que á vuestras plantas yace.
BERN. Vos discurrísteis tan bien
á riesgos y hostilidades,
que á mi discurso, don Juan,
poco ó nada le dejásteis
que hacer por vos. Bien decís;
pues estando en una parte
retirado, podré yo
secretamente informarme
de todo lo que se dice
ó se imagina ó se sabe;
y conforme esto, veremos
lo que convenga. Y pues tales
son nuestros lazos, mi casa
será la que os tenga y guarde.
No teneis que disculparos;
que fuera necio desaire

venir á mí por consejo
y volveros sin tomarle.

JUAN. Dadme mil veces los brazos.

BERN. Solo ahora falta, escuchadme,
que los criados que os vieron
ahora entrar, se desengañen
de que os volvísteis, y así
es el desvelo importante.
Despedid á ese cochero,
yo os esperaré en la calle
y entraremos sin que os vean.

JUAN. Para todo es bien que halle
favor el que en vos le busca.

BERN. Ya os sigo, salid delante. *(Váse Don Juan.)*
¡Ana!

ESCENA VIII.

DON BERNARDO, DOÑA ANA.

ANA. Señor...

BERN. Ese cuarto
que á esa otra cuadra sale
se aderece; que tenemos
huésped: adios.

ANA. El te guarde.

ESCENA IX.

DOÑA ANA, INÉS.

(Al tiempo de acompañar Doña Ana á Don Bernardo á la puerta del fondo, sale Inés por la misma que su ama, se dirige á la mesa y coge la caja del retrato.)

INÉS. ¿Se fué señor?

ANA. *(Volviendo á ella.)* Ya se fué.

INÉS. *(Abriendo la caja que vuelve á dejar sobre la mesa, y sacando de ella un retrato envuelto en un papel.)*
Puesto que solas estamos
ahora el retrato veamos.
(Al ir á recibirlo Doña Ana de manos de Inés, se le cae al suelo.)

ANA. ¡Ah!
(A tiempo de hacer esta exclamacian aparece por la puerta del fondo Don Diego.)

INÉS. ¡Don Diego!

ANA. *(Señalando al retrato.)* Ponle el pié.
(Inés lo hace.)

ESCENA X.

DICHAS *y* DON DIEGO.

ANA. *(A Inés.)* No te separes de ahí.
INÉS. El pisarle no dilato.
ANA. *(Saliendo al encuentro de Don Diego.)*
¡Válgate Dios por retrato!
DIEGO. Luego que á tu padre ví
Ana hermosa me atreví
á entrar á verte y no ha sido
poco, pues me ha sucedido
una desdicha tan fuerte
que á mi primo han dado muerte:
¡ya verás si lo he sentido!
Y sin saber...
ANA. (¡Mi recelo
se cumplió!)
DIEGO. ¿Qué novedad
divierte tu voluntad,
que de tu rostro en el cielo
observo con desconsuelo
penas y enojos? Turbada
estás, la color negada
de tus mejillas. ¿Qué ha sido?
¿qué tienes? ¿Qué ha sucedido?
ANA. Te engañas don Diego: nada
me suspende ni divierte.
¿Qué novedad es en mí
turbarme de verte aquí,
con el riesgo que se advierte
si mi padre?...
DIEGO. De otra suerte
doña Ana me recibias
otras veces, y tenias
el mismo riesgo que ahora.
¡Oh, cómo el alma no ignora...
ANA. Prosigue.
DIEGO. Desdichas mias!
ANA. ¿Qué ves tú de que lo arguyas?
DIEGO. La lengua aquí pronunció
desdichas mias por no
decir...
ANA. ¿Qué?
DIEGO. Mudanzas tuyas.

Y para que al fin concluyas
de una vez con darme muerte,
quédate con Dios y advierte,
que en sentimiento tan justo,
para no verte con gusto
tengo por mejor no verte.

ANA. ¿Así, don Diego, te vas?
Espera.

DIEGO. O me tengo de ir,
doña Ana, ó me has de decir
de qué tan turbada estás:
que en tu semblante me dás
muestras de gran sentimiento.

INÉS. Yo te lo diré, oye atento.

ANA. ¿Qué has de decirle si aquí
no hay nada?

INÉS. Fia de mí,
que hablarle verdad intento.
Está triste mi señora,
y es muy justa su querella...

DIEGO. Calla Inés, el lábio sella,
ya que mi vida no ignora *(A Doña Ana.)*
que has tenido causa ahora
de estar triste, dí, ¿qué es? *(Separándola.)*
Ya espero saberla, pues.

ANA. Por mitigar tu cuidado...

DIEGO. Retírate aquí á este lado
y...

ANA. No te muevas, Inés.
(Inés está sobre el retrato y hace señas á su ama de comprender su advertencia.)

DIEGO. ¿Me lo dices?

ANA. Porque en mí
confíes, quiero que cuando
contigo esté aparte hablando,
no se quite ella de allí.
Clavada has de estar ahí
Inés.

DIEGO. Pues dime en secreto
¿quién ocasionó este efeto
de tu tristeza?

ANA. Aquí ha sido
un enfado que he tenido
con mi padre: y te prometo
que porque son niñerías
caseras, he resistido
el que tú lo hayas sabido;
porque fueran boberías

contarte á tí demasías
del que á ser viejo llegó...
Si se gastó ó no gastó...
cosa que si en casa pasa,
es buena dentro de casa;
mas para contada no.

DIEGO. Ya tú has dicho. Inés...

INÉS. No puedo
dar paso adelante yo.
Mi señora me mandó
que me estuviese á pié quedo.
Tengo á sus preceptos miedo.
De aquí no me he de quitar;
como tudesco he de estar
resistiendo á hielo y fuego.
Lléguese el señor don Diego
si tiene que preguntar.

ANA. Vente.

INÉS. ¿Quieres tú?

ANA. ¿Pues no?
Y si sospecha tuviste
donde Inés estaba (¡ay triste!)
Iré á ponerme ahora yo.
(Marcha á donde está Inés y se pone en vez de ella á cubrir el retrato.)
Háblale allá. *(A Inés.)*

DIEGO. ¿Quién causó
la tristeza de doña Ana?

INÉS. (¿Qué le diré?) Esta mañana...

ANA. (¡Oh, si yo coger pudiera
el papel sin que me viera!)
(Quiere coger el retrato y vélo Don Diego.)

DIEGO. Aguarda. Que no fué vana
mi sospecha. ¿Qué papel
es ese que está en el suelo?

INÉS. ¿Papel?

DIEGO. Sí.

ANA. ¡Válgame el cielo
que sospecha tan cruel!

DIEGO. Pero si saberlo del
puedo ¿por qué á dudar llego?
(Aparta á Doña Ana del sitio que ocupa y recoge el retrato.)

INÉS. (Dimos con todo en el fuego.)

ANA. (¡Temor, el alma me robas!)

INÉS. (Anduvo el juego entre bobas:
(Señalando á Doña Ana.)
Yo estoy demás en el juego.) *(Váse.)*

ESCENA XI.

DOÑA ANA, DON DIEGO.

DIEGO. ¡Un retrato?
ANA. Con sospechas
no me agravies: que te quiero
sabes...
DIEGO. ¿Quién puede dudarlo?
ANA. ¡Vé que me ofendes don Diego!
DIEGO. Retrato es y dice así
el papel en que está envuelto:
(Lee.) «Enviándole á su dama
»con un retrato: Soneto.
»Cuando sútil pincel me repetia
»yo en vos, hermoso dueño, imaginaba,
»y tanto en vos mi amor me trasformaba,
»que en vos el alma mas que en mí vivia.
»Y así cuando volver quiso á la mia,
»ya en dos mitades dividida estaba,
»y así entre dos semblantes ignoraba
»á cuál de aquellos dos asistiria.
»Y así el retrato á quien el alma muestro,
»partiéndole mi amante desvarío,
»por parecerse mio va á ser vuestro,
»y por ser vuestro ya, parece mio;
»porque el pincel le iluminó tan diestro
»que retrató tambien el albedrío.»
ANA. Escúchame.
DIEGO. El epígrama
es docto, elegante, cuerdo
y de conceptos y voces
florido, elegante y crespo.
Abrió con llave de plata
para cerrar el concepto
con llave de oro; advertido
guardó rigor y precepto
en retrato y en papel.
ANA. Oye...
DIEGO. Iguales compitieron
pincel y pluma. Retrata
el pincel gala en el cuerpo...
ANA. ¡Esto mas!
DIEGO. Y al par la pluma
pinta en el alma el ingenio.
Tomad soneto y retrato
(Lo alarga á Doña Ana que rehusa tomarlo.)

y goceislos vive el cielo
en vida del nuevo amante
por muchos años y buenos.
Y adios, que las quejas fueran
buenas sobre amor y zelos;
pero sobre agravios no,
y estos son agravios ciertos.

ANA. ¿Ha dicho vuesa merced?
pues escuche ahora atento,
diré yo.

DIEGO. ¿Qué has de decir?

ANA. Mis disculpas con que puedo
satisfacerte.

DIEGO. Podrás
poco y mal, y así no quiero
escuchar satisfacciones
que me maten.

ANA. Yo me acuerdo
de que otra vez me dijiste
don Diego en un caso destos:
«dame una satisfacción,
que aunque sepa yo de cierto
que es mentira, la creeré,
engañándome á mí mesmo
porque te disculpes tú.»

DIEGO. Es verdad, yo lo confieso,
Mas ¿sabes tú lo que vá
desde sospechas de zelos
á evidencias?

ANA. ¿Cuáles son?

DIEGO. Turbarte tú lo primero,
engañarme lo segundo,
y hallar el retrato puesto
á tus piés, que aunque pintado
te reconoció por dueño.

ANA. Turbarme yo no fué culpa.

DIEGO. Pues ¿qué pudo ser?

ANA. Respeto
que debes agradecerme;
ponerle á mis piés, trofeo
de tu amor, pues porque entrabas
hice dél tanto desprecio.

DIEGO. A todo has de hallar razones.
Yo me rindo y desde luego,
si quieres satisfacerme,
me daré por satisfecho
á trueco de que me dejes
ir.

ANA. Pues oye, y vete luego.
DIEGO. ¿Qué querrás decirme? ¿Que este
retrato es de un caballero
que vino á ver á tu padre
y se le cayó en el suelo?
¿Querrás decirme que ha sido
un tratado casamiento,
y que tu padre le trajo
quizá por ser forastero?
¿Querrás decirme que fué
de una amiga que por miedo
de su padre ó de su hermano
te lo trajo á tí en secreto?
¿Cuál de estas cosas eliges
por disculpa? Díla presto,
que porque me dejes ir
la que tú escogieres creo.
¿Quieres mas?
ANA. No quiero mas,
que ya solamente quiero
que te vayas.
DIEGO. ¿Qué me vaya?
ANA. Que te vayas: pues fué cierto
que si te detuve fué,
por decirte de secreto
la verdad; ya tú la sabes,
una es de las que has propuesto,
y así, ni tú que saber
ni yo que decirte tengo.
DIEGO. ¡Qué no te disculpas!
ANA. Ya
es á tí á quien toca hacerlo
que me agravias.
DIEGO. Tienes tres
razones: elige al menos
una.
ANA. ¿Cuál?
DIEGO. La de la boda.
ANA. ¿No es mejor la de que al suelo
se le cayó á algun galan?
DIEGO. No, porque es claro argumento
que una mujer principal
nunca dijo «galan tengo,»
y «tengo marido» sí.
Porque son menores zelos...
ANA. Pues ni zelos de marido
ni de galan son ni fueron,
que una amiga me le dió.

DIEGO. Tomaste el mejor consejo.
ANA. Sí, que es decir la verdad.
DIEGO. Pues dime quién es supuesto
que ya lo sé.
ANA. Es imposible.
DIEGO. ¿Por qué?
ANA. Impórtame el secreto.
DIEGO. ¿Importa mas que mi vida?
ANA. Baste decir que no puedo
decirlo.
DIEGO. No es grande amor
amor que guarda silencio.
ANA. Importan honras y vidas
los secretos.
DIEGO. Yo lo creo;
mas honras y vidas saben
aventurarse queriendo.
ANA. Las propias sí.
DIEGO. ¿Y es agena
la mia?
ANA. ¡Mira don Diego
que acaso por tí lo callo!
DIEGO. Aun mas enciendes mis zelos.
O dime quién es la amiga,
ó no lo creeré.
ANA. No puedo.
DIEGO. Mujer eres, poco importa
que descubras un secreto.
No aspires doña Ana á ser
el prodigio de estos tiempos.
ANA. Quien fué prodigio de amor
sabrá serlo del silencio.
DIEGO. No quiere la que á su amante
no descubre todo el pecho.
ANA. No es noble quien le descubre
cuando va una vida en ello.
DIEGO. En fin ¿no lo has de decir?
ANA. No.
DIEGO. Pues en nada te creo. *(Váse.)*
ANA. ¡Válgate Dios por retrato,
en qué confusion me has puesto!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON BERNARDO, DOÑA ANA.

BERN. No lo he podido excusar
y hospedarle me conviene.
ANA. Un hombre que en casa tiene
una hija por casar
bien excusarse pudiera
á huésped que es tan galan.
BERN. Tengo al padre de don Juan
obligaciones, y fuera
el hombre de más vil trato
del mundo, si le negara
yo, y en su ausencia faltara
á honras y deudas ingrato.

ESCENA II.

DICHOS, DON JUAN.

JUAN. De mi aposento salí
con ánimo de llegar
á vuestros piés á pagar
la merced que recibí.
Con razones solamente
que con otras no podré;
pero al veros me turbé
y tal vez quejarme intente;

que huyendo de una prision
vine á esta casa, y confieso
que en ella me tienen preso
favores y obligacion.

BERN. Señor don Juan, cumplimientos
de ociosas urbanidades
ofenden las amistades
sencillas, sin fingimientos.
Esta es vuestra casa; en ella
os servirán, no la hagais
prision, pues tan libre estais
que teneis las llaves de ella.

ANA. No, señor; no digas tal;
deja que en esta ocasion
haga la casa prision
pues le va en ella tan mal.
Muy bien se lo ha parecido:
razon debe de tener
pues que prision viene á ser
donde está tan mal servido.

JUAN. No fuera si...

BERN. Entre los dos
¿pondré yo paz?

JUAN. Yo la pido,
que me confieso rendido.

ESCENA III.

DICHOS, ESPINEL.

JUAN. ¡Espinel!

ESPINEL. ¡Gracias á Dios,
señor, que he llegado á verte
con vida!

JUAN. ¿Qué ha sucedido?

ESPINEL. Todo el caso se ha sabido.

JUAN. ¿De qué suerte?

ESPINEL. De esta suerte.
Para coger los caminos
y saber lo que pasó,
de aquella calle prendió
la justicia á los vecinos:
no faltó quien con verdad
diese al punto el desengaño
(¡oh, bien haya un hermitaño
que vive sin vecindad!)
y aquesta noche pasada
la justicia nos rondó

la posada; al fin entró
en ella con mano armada.

JUAN. ¿Sí?

ESPINEL. Nuestro aposento abrieron,
y haciendo en él grande estrago,
vieron que el golpe era en vago
y corridos se volvieron.

BERN. Esperadme, que yo iré
á informarme con buen modo
en la provincia de todo.
(Dirigiéndose á Espinel.)
Tú preso has de estar á fé
aquí: si te han conocido
¡buen descuido habíamos hecho
confiando de tu pecho
lo que callarse ha querido!
Esta es la hora en que ya
te hubieran dado tormento.

ESPINEL. ¿Tormento á mí? ¡Lindo cuento!

BERN. ¿Pues no?

ESPINEL. El tormento se dá
á hombrecillos de nonada;
porque á mí, aunque me cogieran,
sé bien que no me le dieran.

BERN. ¿Por qué?

ESPINEL. Es causa averiguada.

JUAN. Díla, pues.

ESPINEL. Sí, que la digo.
Confesára yo al momento,
y no me dieran tormento.

BERN. ¡Buen criado y buen amigo!

ESPINEL. No hay amigo ni criado;
que en llegándome á doler
¡vive Dios, que han de saber
papa y rey cuanto ha pasado.

JUAN. No hagais caso de esto vos; *(A Don Bernardo.)*
que si en la ocasion se viera,
diferentemente hiciera.

ESPINEL. No hiciera tal, vive Dios.

BERN. Ahora bien: quedad aquí
en tanto que mi cuidado
vuelve de todo informado. *(Váse.)*

ANA. Mucho me pesa que así
esta posada os reciba,
y halleis lo primero en ella
tal pesar.

JUAN. Doña Ana bella,
antes fué bien que aquí viva

tan vecino del consuelo;
pues en esta casa he hallado
á mis desdichas sagrado.

ANA. Guárdeos Dios.

JUAN. Guárdeos el cielo.

(Váse Doña Ana.)

ESCENA IV.

DON JUAN, ESPINEL.

ESPINEL. ¿Pues así la dejas ir?

JUAN. ¿Qué he de hacer?

ESPINEL. ¿Qué? Detenella:
enamorarla, y con ella
engañar y divertir
el retiro y la prision.
Desconsolado viviera
en ella yo, si no hubiera
mujeril conversacion.
Donde hay mujer no hay pesar.

JUAN. Sí, pero ¿no echas de ver
que esa mujer no es mujer?

ESPINEL. Yo no; si á considerar
me pongo su talle y cara.
Vuelve y echarás de ver
que es mujer y muy mujer.

JUAN. Espinel, mira y repara
en que es mujer en quien vive
de un grande amigo el honor;
que me ofrece su favor,
que en su casa me recibe,
que sus espaldas me fía,
que su hacienda no me niega,
que sus secretos me entrega,
que su opinion me confía:
conocerás luego asi
que esta mujer no es mujer
pues que nunca lo ha de ser,
á lo menos para mí.
A más, que ya tiene dueño
mi alma.

ESPINEL. ¡Qué sin razon!
Mas yo aliviar mi prision
podré con Inés... *(D. Juan hace seña negativa.)*
¡Qué empeño!

JUAN. Si sé que la miras...

ESPINEL. ¿Qué?

JUAN. Te mato.
ESPINEL. ¡Qué disparate!
JUAN. Ten por cierto que te mate.
ESPINEL. Pues bien; no la miraré:
mas si esto solo procuras,
bien puedo sin ofenderte
enamorar...
JUAN. ¿De qué suerte?
ESPINEL. Enamorándola á oscuras.
Mochuelo seré de amor.
JUAN. Basta ya. Sirva de ejemplo
mi amistad: que ha de ser templo
esta casa del honor.
(Vánse los dos por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DON DIEGO, *solo entrando por la puerta del fondo.*

DIEGO. Amante que ha de volver
con más sentimiento y quejas
á pedir satisfacciones
¿para qué se vá sin ellas?
¿Para qué quien ha de verse
humilde, tiene soberbia,
quien ha de buscar se esconde,
quien ha de rogar desprecia,
y al fin, al fin, para qué
quien ha de volver se ausenta?
¿Para qué en estos umbrales
juré con lágrimas tiernas
de no volver á pisarlos,
si apenas lo dige, apenas
lo pronuncié, cuando al punto
el juramento quisiera
quebrantar? Y es la verdad,
pues al tiempo que la lengua
dice que no ha de volver
á esta calle y á estas rejas,
sin saber quién me ha traido
me vuelvo á mirar en ellas.
¿Con qué ocasion entraré
á hablarla porque no vea
en mí tanto rendimiento?
¿Diré que vengo á dar quejas
de qué?... Pero no; que amante
que llega á quejarse, muestra
sentimientos. Pues ¿diré

no más de que vengo á verla?
Sí, que en hombres como yo
y en mujeres de sus prendas
la correspondencia es bien
que viva aunque el gusto muera.
Pero es achaque á lo antiguo;
que nadie hay ya que no sepa
que tienen las amistades
en pié las correspondencias.
Mas ella viene: yo quiero
hablarla aquí sin que entienda
(ocasion me da el retrato)
que siento tanto su ausencia.
¡Corazon, esto se llama
sacar fuerzas de flaqueza!

ESCENA VI.

DON DIEGO, DOÑA ANA, INÉS.

(Don Diego se habrá ocultado detrás de las cortinas de un balcon.)

INES. Digo que don Diego entró
en casa: desde la reja
le he visto.
ANA. ¡Si te engañases!
INES. ¿Y si no?
ANA. Albricias te diera
sino fuera poco precio
el alma de tales nuevas.
¡Ah! *(Viendo entrar á Don Diego.)*
DIEGO. Novedad os hará
la visita; mas es fuerza
venir ahora á cansaros;
que á no serlo no viniera,
y así os ruego que me oigais.
ANA. Hola, Inés.
INES. Señora...
ANA. Llega
silla á aqueste caballero
que visitas como esta
de tan grande cumplimiento
no se reciben sin ella.
(Inés despues de dar la silla se vá por el fondo.)
Sentáos, *(Lo hacen ambos.)* y decid ahora
qué mandais; que si no yerran
ideas, de haberos visto
alguna vez se me acuerda.

DIEGO. Si habeis visto; y no me espanto
que no conozcais las señas,
porque me visteis dichoso
y ya los favores truecan
las desdichas.

ANA. De eso mismo
he visto yo una comedia.
Pero en efecto, señor,
¿qué buena venida es esta?

DIEGO. Un recado que os traia
de un caballero, quisiera
que me oigais.

ANA. Pues ya os escucho:
proseguid.

DIEGO. Estadme atenta.

ANA. Decid.

DIEGO. Don Diego de Silva...

ANA. Tened un poco la lengua.
¿Quién es ese caballero?

DIEGO. No os puedo yo dar respuesta;
que no sé quién es. Si vos
me preguntárais quién era,
yo lo dijera.

ANA. Está bien.
¡Don Diego! Ya se me acuerda.
¿Y qué dice el tal don Diego?

DIEGO. Dice, señora... que besa
vuestras manos... (Vive Dios
que estoy mudo.)

ANA. (Yo estoy muerta;
pero beberá el veneno
de quien visita por fuerza.)

DIEGO. Y que viendo que el amor
con alas de fuego vuela
tan veloz, que deja atrás
al tiempo de tal manera
que muchos años de afecto
de amor y correspondencia,
en un instante de tiempo
quiere el cielo que se pierdan;
olvidado de su agravio,
dejando aparte las quejas,
este retrato os envia,
este soneto os entrega.

ANA. ¿Por qué los entrega, dice?

DIEGO. Porque no es razon que tenga
prendas él de vuestro gusto
en depósitos de ausencia.

ANA. ¿Dice más?
DIEGO. Que os los envia
para testimonio y prueba
de que ya no sentirá
que vuestras manos los tengan.
Que el tiempo que dilató
remitir tales preseas,
fué porque entonces temia
que le diera alguna pena
saber que en vuestro poder
estuviesen; mas hoy llega
á tan grande desengaño
viendo la mudanza vuestra,
que él os las dá y yo las traigo;
porque mujer que así deja
acreditada su culpa
en manos de la sospecha,
que no da satisfacciones
á justificadas quejas,
que estima el honor en poco,
que no teme sus ofensas,
que hace de la presuncion
determinada evidencia,
y que no busca culpada
á quien con rigor se ausenta,
ni quiere bien ni ha querido:
y así, la olvida y la deja,
porque mujer sin amor,
¿qué se pierde en que se pierda? *(Levántase.)*
ANA. Eso mismo sin quitar
y sin poner una letra,
le dijo en cierto romance
Bras á su querida Menga.
Mas, don Diego, ya que es tiempo
que hablemos todos de veras,
volved á tomar la silla;
y cuando por mí no sea,
á quien el recado trae
toca llevar la respuesta. *(Siéntase Don Diego.)*
Yo soy quien soy: vos teneis
de mí muy bastantes muestras
pues sabeis un favor mio
cuántos desvelos os cuesta.
Pésame que en tanto tiempo
de amor y correspondencia,
como vos decís, no hayais
conocido por las señas
mi condicion tan altiva

que en sus presunciones llega
á competir rayo á rayo
con el sol y las estrellas,
á quien en número y luces
han vencido mis finezas.
Yo os dige que ese retrato
me dió una amiga, y que es fuerza
callar el nombre. No hice
en esto mas diligencias
para que vos lo creyéseis,
porque la verdad se prueba
sin mas testigos de abono
que con ser la verdad mesma.
La verdad es la que os dige;
si vos no quereis creerla,
parte es tambien de verdad
el haber dudado de ella;
porque si fuera mentira
con mas ventura naciera;
mas como no las usamos,
no me espanto que os parezca
imposible en mí el decirlas,
como en vos el conocerlas.

DIEGO. Decidme quién es la amiga,
y os creeré.

ANA. Sí lo dijera
si os importara el saberlo;
más quien dice aquí que es fuerza
que me olvide, quien no siente
que este retrato yo tenga,
¿para qué ha de saber nada?

DIEGO. Por esa razon, por esa
merezco mas la disculpa.

ANA. No entiendo cómo ser pueda.

DIEGO. Amante que dice agravios,
zeloso que dice quejas,
olvidado que baldona,
aborrecido que afrenta,
desesperado que injuria
y triste que desespera;
ese siente, ese se abrasa,
ese estima, ese desea,
ese obliga, ese pretende,
ese se rinde, ese ruega,
porque á la lengua los zelos
le dieron esta licencia.

ANA. Cobardes deben de ser,
pues se valen de la lengua.

Mas dama que satisface,
y ofendida no se queja,
agraviada no se enoja,
baldonada no se venga,
despreciada no aborrece,
aborrecida no deja,
esa perdona, esa admite;
esa disimula ó cela.
esa adora y esa estima,
esa quiere y esa aprecia.

DIEGO. Mas...

ANA. Vil es la mujer que á un hombre
descubiertamente niega,
porque tiene la mujer
tan altiva preeminencia,
que han de buscarla quejosos,
y entonces con mas finezas;
y aun plegue á Dios que nos hallen
de la suerte que nos dejan!

DIEGO. Y si volviera á buscaros
al instante la fineza
de un amante, ¿de qué suerte
os hallara?

ANA. Con mil quejas
de que de mí se creyesen
tan declaradas bajezas.

DIEGO. Quien quiere, teme.

ANA. Es verdad;
y es bien que quien quiera tema
perder el bien; pero no
mudanzas tan manifiestas.

DIEGO. ¿Pudiera desenojaros
cuando rendido volviera?

(Vuelve Inés y se acerca sin ser vista de D. Diego y doña Ana.)

ANA. No volverá quien me dijo...

DIEGO. No lo digas: cierra, cierra
los lábios. Mas si volviese...

ANA. No sé entonces lo que hiciera.

DIEGO. ¿Diérasle una blanca mano
para que jurase en ella,
con homenaje de amor
de no hacerle mas ofensa?

ANA. Para que jurase sí.

DIEGO. ¿Qué mano le dieras?

ANA. Esta.

DIEGO. ¡Qué dicha! *(Tomando la mano.)*

INES. ¿Gracias á Dios

que llegamos á la venta!

DIEGO. ¿Y el retrato?

ANA. Tenlo tú,
hasta que al dueño lo vuelva.

DIEGO. Eso no; porque llevarle
fuera durar la sospecha
en mí; quédate con él,
y á Dios; que temo que venga
tu padre. *(Dale el retrato.)*

ANA. Guárdete el cielo
como mi vida desea.

DIEGO. ¿Podré fiarlo á sus ruegos?

ANA. Sí que entonces fuera eterna.

DIEGO. Y aun será para adorarte
poco tiempo aunque lo sea.
Adios. ¡Oh, qué dulces paces!

ANA. Adios, ¡Oh, qué dulces guerras!

ESCENA VI.

DOÑA ANA, INÉS.

INES. Gracias á Dios que ya estamos
en paz; y gracias á Dios,
llega el tiempo en que las dos
ese retrato veamos.
Descubre ese encanto, esta
sombra; sepamos quien fué
quien sin qué para qué,
tantos disgustos nos cuesta.

ANA. Bien dices. ¡Ay Dios! *(Mirando el retrato.)*

INES. ¿Qué ves?

ANA. ¿Cómo el decirlo dilato?
Dime Inés: este retrato
¿de nuestro huésped no es?

INES. Sí, señora, y el estar
por una muerte escondido
conviene con haber sido
el que en aqueste lugar
nos contaron que dió muerte...

ANA. ¡Que asi ha de anudar mi suerte
un pesar á otro pesar!
Inés ¿qué tengo de hacer
viéndome en esta ocasion
en tan grande confusion
sin elegir, sin saber
qué camino es el que siga
que seguro puerto halle,

pues es forzoso que calle
lo que es forzoso que diga?
Si á don Diego no revelo
que está aquí un hombre escondido,
se dará por ofendido
con razon su amante celo.
Si se lo digo querrá
conocerle y ¡trance fuerte!
acaso que es quien dió muerte
á su primo sabe ya.
Y aunque lo ignore, de mí
¿quién le ha de satisfacer,
el retrato en mi poder
viendo, y á don Juan aquí?
Despertar estos desvelos
es hacer de noche y dia
una continua porfía
de agravios, penas y zelos.
Hablar y callar temí,
y hablar y callar deseo:
conmigo misma peleo,
defiéndame Dios de mí.

INES. Calla; que viene el señor
huésped de espadilla allí.

ANA. ¿Por qué le llamais así?

INES. Porque es huésped matador.

ESCENA VIII.

DICHAS, DON JUAN, ESPINEL.

JUAN. Un cuidado os vengo á dar.

ANA. No será el primer cuidado
que vos don Juan me habeis dado.

JUAN. Pesárame de llegar
á ser yo causa...

ANA. No ha habido
causa para haberos dado
este cuidado cuidado,
aunque para mí lo ha sido.
Mandad.

JUAN. A una hermosa dama
(perdonad; que la licencia
ha dado en vuestra presencia
la disculpa de quien ama.)
Me importa ver con recato.

ANA. Hareis en verla muy bien,
que bien os quiere.

JUAN. Mas ¿quién
á vos os dijo?
ANA. Un retrato.
JUAN. Mas...
ANA. Decid ¿quereis?...
JUAN. Que Inés
abra la puerta.
ANA. ¿Tan grave
cuidado es ese? La llave
dá al señor don Juan despues, *(A Inés.)*
puesto que querreis salir...
JUAN. Al punto que espire el dia.
ANA. ¿Solo vos ó en compañía?
JUAN. Espinel conmigo ha de ir,
porque delante de mí
si acaso acierto á encontrar
la ronda, pueda escapar...
ESPINEL. ¿Mientras me prenden á mí?
¡muy buena piedad por Dios!
JUAN. Y tambien quiero llevalle,
porque se quede en la calle
mientras hablamos los dos.
ESPINEL. ¡Yo en la calle!...
INÉS. Está bien dicho;
porque tu valor...
ESPINEL. Detente;
que tenerme por valiente
es un galante capricho.
INÉS. Gente se acerca, á fe mia.
ANA. Es verdad, los pasos siento.
JUAN. Espinel, nuestro aposento
nos guarde. *(Entránse los dos.)*

ESCENA IX.

DOÑA ANA, INÉS.

INÉS. Es doña María.
(Mirando por el fondo.)
¿Has de decirle que aquí
está don Juan?
ANA. ¿Para qué?
En decírselo no sé
si acierto: en callarlo sí.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA MARÍA, JUANA.

MARÍA. Las visitas de amigas
dan mas gusto y contento
sin mayor cumplimiento.
ANA. Más en eso me obligas;
porque las amistades
han de ser sin urbanas vanidades.
¿Cómo estás?
MARÍA. Estoy buena,
y siempre á tu servicio.
ANA. Tu hermosura da indicio
de que acabó la pena.
¿Cómo vá? ¿Qué hay de nuevo?
MARÍA. Apenas á contártelo me atrevo.
ANA. ¿Pues qué es ello? ¿Qué ha sido?
MARÍA. El galan del retrato
tan desleal é ingrato
conmigo ha procedido,
que á mí tambien se esconde
sin avisarme cuándo, cómo, ó dónde.
ANA. El quizá lo desea.
Alentarte procura:
podrá ser por ventura
que aquí te escuche y vea.
Mas dime, ¿y de tu hermano los recelos?
MARÍA. Muy malos.
ANA. ¿Cómo así?
MARÍA. Mátame á zelos.
Si supiera que habia
llegado aquí, no hubiera
quien sufrirle pudiera.
ANA. Pues ¿él de mí podia
tener sospecha alguna?
MARÍA. ¡Como á eso me ha traido mi fortuna!
De tí no sospechára
cosa que indigna fuera;
pero de mí tuviera
queja evidente y clara.
(Inés que estará hablando con Juana al lado del balcon, se supone que mira por los vidrios de este y dice á Doña María.)
INÉS. Tu hermano en casa ha entrado.
MARÍA. *(Dirigiéndose á la habitacion en que está Don Juan, cuya puerta se hallará entreabierta.)*

Escóndame este cuarto.

ANA. *(Interponiéndose.)* Está cerrado.

MARÍA. Abierto está. *(Yendo hácia él.)*

ANA. Detente.

MARÍA. Pues ¿sálesme al encuentro?

ANA. Sí, porque es entrar dentro
mayor inconveniente
que verte aquí tu hermano.

MARÍA. ¿Mayor inconveniente?

ANA. Sí, y es llano.

MARÍA. Poco de mí confias.

ANA. Es mucho lo que guardo.

MARÍA. Ya en esconderme tardo.

ANA. Pues en corto venías
cúbrete con el manto;
que no ha de conocerte.

MARÍA. ¡Cielo santo!
(Cúbrense con los mantos Doña María y Juana, y retíranse á un extremo del teatro.)

ESCENA XI.

DICHAS *y* DON LUIS.

ANA. Señor don Luis ¿qué es esto?

LUIS. Es la ocasion en que un rigor me ha puesto.
No dudo yo, señora
doña Ana, que tengais esta locura
á atrevimiento ahora;
pero mi amor examinar procura
si á la osadía sigue la ventura.
Si me he atrevido á veros,
sin temer enojaros, y que airada
me hableis, fué por saber que en ofenderos
poco aventuro ó nada,
pues que siempre conmigo os ví enojada.

ANA. Señor don Luis, ya vuestro estilo pasa
de galan á grosero: ¿con qué intento
entrais en esta casa
donde aun veloz el viento
recela introducir un pensamiento?
¿Qué dirá esta señora
amiga que ha venido á visitarme,
viéndoos entrar tan atrevido ahora
en mi casa?

LUIS. Que quise aventurarme
á morir. Ya esa dama recatada
sabrá lo que es amor.

MARÍA. (Estoy turbada.)

ESCENA XII.

DICHOS, DON DIEGO.

DIEGO. (¡Don Luis!) *(Reparando en él.)*
ANA. *(Reparando en Don Diego.)*
(¡Ay triste!)
MARÍA. *(Id.)* (La ventura mia
trae á don Diego.)
DIEGO. Nunca cortesía
fué introducirse cuando
dos en conversacion están hablando;
mas necio yo seria si no fuera
descortés...
ANA. (¡Muerta estoy!)
DIEGO. Y de manera
mi poco ingenio aprecio
que he de ser descortés por no ser necio.
Vaya pues adelante
la plática; mi vista no la espante.
LUIS. Señor don Diego, que llegueis ahora
(de cólera estoy loco)
á la conversacion importa poco,
pues lo público de ella no se ignora;
mas que llegueis pensando
que haceis disgusto en el llegar...
ANA. (Temblando
estoy.)
LUIS. Importa mucho:
y así...
MARÍA. (¡Cielos! ¡qué escucho!)
LUIS. A quien imaginare
que á mí me hace pesar cuando llegare
haré saber...
DIEGO. Salgamos
de aquí, porque no estamos
bien entre damas para responderos.
LUIS. Calle la lengua y hablen los aceros.
ANA. ¡Ah! ¡don Diego! ¡ah, señor!
(Deteniendo á Don Diego.)
LUIS. Veníos conmigo.
(Váse por el fondo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* DON LUIS.

DIEGO. Guiad donde, ya os sigo.
ANA. No seguirás, detente. *(Deteniéndole.)*
DIEGO. Suelta, ó harás que alguna accion inténte
contraria á tu respeto.
Suelta, doña Ana.
ANA. Ya ningun efeto
que ha de ofenderme espero,
como tú no le sigas.
(Don Diego se esfuerza en desasirse de Doña Ana y se le acerca Doña María y dice:)
MARÍA. Si es que acaso te obligas
de ruegos de mujer por caballero,
por noble y por amante,
detenga tu furor el ver delante
una mujer.
DIEGO. Solicitais en vano
tenerme todas ya.
MARIA. Ved que es mi hermano!
INÉS. (Pues nada le detiene
esto le detendrá.) Mi señor viene.
ANA. Ya no puedes salir sin riesgo mio.
DIEGO. Pues en este aposento me desvío.
(Señalando á aquel en que está Don Juan.)
ANA. *(Interponiéndose.)*
No entres aquí, detente, espera, aguarda.
DIEGO. Todo te aflige, todo te acobarda.
Temores te concedo
si me voy, si me escondo y si me quedo.
Si me voy, te parece
que á la muerte mi cólera me ofrece;
si me estoy, que me encuentra
tu padre que ya entra;
si me escondo tambien. ¿Qué ha de ser esto,
cuando en tres confusiones estoy puesto?
INÉS. Bien puedes sosegarte;
que yo por detenerte y reportarte,
y porque no salieses, he fingido
que mi señor venia; pero ha sido
engaño.
ANA. Bien has hecho;
Inés, que el alma devolviste al pecho.
Ya para ir tras de don Luis es tarde;
sosiega.

DIEGO. Con indicios de cobarde
¿cómo un hombre pudiera
sosegar si otra causa no tuviera
que aquí le detuviese?
Yo he de saber, aunque al honor le pese,
qué inconveniente habia
de entrar á este aposento quien temia
que tu padre le hallase.

ANA. ¡Que á tal extremo mis desdicha pase!

DIEGO. *(Disponiéndose á entrar.)*
No sé si es mayor daño
seguir mi muerte ó ver el desengaño
de esta sospecha vil.

ANA. Si tú me estimas,
si á obligarme te animas,
cree de mí que te adoro,
que siente tu dolor, tu pena lloro,
que agradarte pretendo,
que no puedo agraviarte ni te ofendo;
y no quieras saber por qué he tenido
reservado ese cuarto, pues no ha sido
ofensa tuya.

DIEGO. Dásme más recelo
con tantas prevenciones: ¡vive el cielo
que he de saber quién el retrete esconde.
(Doña Ana pugna por sujetarle.)

MARÍA. (A mi gusto su enojo corresponde,
porque saber deseo
qué encanto es el que aquí...)

ANA. (¡Mi muerte veo!)
Mi bien, señor, don Diego,
oye, mira...

DIEGO. De cólera estoy ciego.

ANA. Que me pierde y te pierdes de este modo.

DIEGO. *(Rechazándola.)*
Donde me pierdo yo, piérdase todo.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON JUAN.

(Al ir á entrar Don Diego en el aposento, aparece en su dintel Don Juan embozado y con la espada desnuda. Don Diego le deja paso y desenvaina.)

DIEGO. No os encubrais, caballero,
que es en vano vive Dios;
porque á riesgo de mi vida

tengo de saber quién sois.

JUAN. En vano lo solicita
osado vuestro valor;
porque de mi vida al riesgo
tengo de callarlo yo.
(Van á embestirse, Doña María y Doña Ana procuran interponerse entre ambos dejando la primera el lugar á doña Ana.)

MARÍA. ¡Ah! Detenéos. *(A Doña Ana.)*

ANA. Caballeros,
tened las armas por Dios;
mirad que está de por medio
poniendo paces mi honor.
¡Así atropellais mi fama!
¿así mi reputacion!
¿así á una ilustre mujer
quereis afrentar los dos!
Por lo que puede acabar
mansamente la razon
sin perder nadie; ¿quereis
que todo lo pierda yo?
Don Diego, escucha... Don Juan,
generoso huésped, vos
no tengais á liviandad
dar esta satisfaccion
á quien aun no es mi marido;
que pues noble y cuerdo sois
ya habreis visto que esto es...
—no sé si lo diga—amor.
Amor tan sin esperanza,
que es verdad que no llegó
á tener de los deseos
zelos siquiera el honor.
Volved por mí, pues vos fuísteis
la causa; esta obligacion
tiene á cualquiera mujer
el hombre más inferior.
Ved si la tendrá conmigo
un caballero cual vos.

JUAN. (En dudas tan imposibles
quién en el mundo se vió!)

DIEGO. ¿Qué decís?

JUAN. (Si me descubro,
el riesgo de mi prision
es evidente; si callo,
dudas padece el honor
de esta dama...)

ANA. Qué, ¿callais!

Hablad, que si vos quién sois
no decís, pues yo lo sé,
habré de decirlo yo.

JUAN. Yo lo diré. *(Descubriéndose.)*

DIEGO. (¡Dios! ¡qué veo!)

MARÍA. (¡Qué miro! ¡Válgame Dios!)

DIEGO. (Donde busco desengaños
desdichas hallando voy!)

MARÍA. (Encubierto en esta casa
don Juan, y me lo negó
doña Ana!)

DIEGO. (Este del retrato
es el dueño! ¿qué mayor
agravio? ¡Oculto en su casa!
¡El retrato en ella, y yo
dispuesto á esperar disculpas!)

JUAN. No os diera satisfaccion
pidiéndola, que no saben
caballeros como yo
dar satisfaccion á quien
tiene con tanto valor
la espada en la mano; mas
no la pedís, y os la doy.
Yo de esta casa soy huésped,
(Envainan ambos.)
vine á ella huyendo el rigor
de la suerte, y la amistad
de don Bernardo llegó,
á fiar yo de él mi vida
y él de mí á fiar su honor.
Así, ni con un deseo
le ofendiera, vive Dios,
si me quitase la vida
con mis propias manos yo.

JUANA. ¿Qué te parece, señora, *(Ap. á Doña María.)*
la disculpa?

MARÍA. ¿Qué sé yo?
de todo tiene: volvamos
á callar y oir las dos.

DIEGO. Señor don Juan, yo no dudo
esa verdad; pues en vos,
en vuestro estilo y persona
se descubre bien quien sois.
Así, en cuanto á mí, confieso
que ya satisfecho estoy;
en cuanto mi amor no puedo,
que es mas descortés mi amor.
Decidme: vuestro retrato

¿qué delito cometió
que se vino á retirar
á aquesta casa con vos?

JUAN. ¿Qué retrato?

DIEGO. Uno que tiene
doña Ana vuestro.

JUAN. Eso no,
porque yo no se lo he dado.

ANA. Una amiga me lo dió
que yo no digo quién es
porque de mí se fió;
pues si ella quiere, decirlo
puede tan bien como yo.

DIEGO. Para que me satisfaga,
don Juan, muchas cosas son.
Decidme, pues, claramente,
el qué os trajo aquí, quién sois.

JUAN. Mi nombre es don Juan de Lara.
Porque ocasiones me dió
dí la muerte á don Fadrique
de Silva.

DIEGO. (¡Válgame Dios!

JUAN. ¿Qué os suspende?

ANA. (¡Ya colmóse
mi mal!)

DIEGO. (¡Otra confusion!
El que muerte dió á mi primo
su secreto á mi valor
ahora confía.) Satisfecho
de vuestra verdad estoy;
y así de vos no me quejo
porque de quien debo yo
(Mirando á Doña Ana.)
quejarme, me quejaré
á su tiempo. Guárdeos Dios.

JUAN. Si me habeis creido, hareis
mal en durar al dolor:
sino me injuriais: que dije...

DIEGO. No más pretendais, señor,
para saber que os creí,
sino que os dejo y me voy.

JUAN. Si os queda alguna sospecha
os daré satisfaccion...

DIEGO. Si la hubiere menester
la pedirá mi valor.

JUAN. Que aquí me hallareis repito.

DIEGO. Pues aquí os buscaré: adios.

ANA. Tente, mi bien.

DIEGO. Es en vano.
apártate.
ANA. ¡Por mi amor
que me escuches!
(Don Diego se desprende de ella, y se vá por el fondo, seguido de Doña Ana y de Inés.)
¡Ah, don Diego,
¡Inés, deténle por Dios!

ESCENA XV.

DON JUAN, DOÑA MARÍA *y* JUANA, *tapadas*, ESPINEL, *que sale por la puerta por donde salió Don Juan.*

ESPINEL. ¿Todo se acabó?
JUAN. Acabó
mejor que yo habia pensado.
MARÍA. No, don Juan, no se ha acabado;
(Llegando y descubriéndose.)
porque ahora falto yo.
ESPINEL. ¡Válgame Dios! ¿Es tramoya?
JUAN. ¡Hermosa doña María,
mi solo amor, mi alegría!
MARÍA. Tente, tente.
ESPINEL. (¡Aquí fué Troya!)
JUAN. Pues ¿por qué desden tan fiero?...
¿Ha de cobrar tu hermosura
pensiones de mi ventura?
MARÍA. ¡Ingrato! Mal caballero,
descortés, villano, ¿es bien
que despues de aventurar
mi opinion os venga á hallar
donde mis ojos os ven?
¿Es bien, cuando tanta pena
mi vida y mi suerte pasa,
vos me perdais en mi casa
y yo os halle en el agena?
¿Es bien, desagradecido,
que en un peligro tan cierto
ande mi honor descubierto
y vos esteis escondido?
¿Que para saber adónde
estábais, menester
que venga otro á romper
esta prision que os esconde?
Pero yo tuve la culpa;
pues vuestro retrato dí
á la que me ofende así!

JUAN. Mi ignorancia me disculpa.
¿Supe yo que ella...

MARÍA. *(Interrumpiéndole.)* Y sabido
que era su amiga, ¿por qué
ella me calló...

JUAN. No sé.

MARÍA. Que aquí estábais escondido?
Estadlo pues.

JUAN. No ha de ser
quedando con tal cuidado.

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA ANA.

ANA. Fuése don Diego enojado:
no le pude detener.
Mas ¿qué es esto?

JUAN. Es un rigor
de dos luceros crueles.
Troquemos los dos papeles
en esta farsa de amor:
y dí tú cómo pedia
que me mandases abrir
hoy la puerta para ir
á ver á doña María.

MARÍA. No, don Juan, no he menester
satisfaccion tan liviana
yo; porque antes á doña Ana
la tengo que agradecer
que no culpar, pues su trato
conmigo es tan liberal
que me da un original
en réditos de un retrato.
Y es alcaidesa muy bella
la que os tiene por confianza
en prision, y sin fianza
no os dejará salir de ella.
Y pues la puerta guardó
porque no entrase, tambien
no querrá que salgais, quien
no quiso que entrase yo.

ANA. Escucha ahora á los dos *(Deteniéndola.)*
satisfaccion.

MARÍA. No ha de ser.
Si la hubiere menester
yo vendré por ella: adios.

ESCENA XVII.

DICHOS, *menos* DOÑA MARÍA *y* JUANA.

ESPINEL. ¡Buenos habemos quedado,
mi doña Ana, y mi don Juan,
sin la dama y el galan!
ANA. ¡Perdí un dueño que he adorado!
JUAN. ¡Perdí una amada beldad!
¡Aquí murió mi esperanza!
ESPINEL. ¡Dios la perdone!
ANA. ¡Aquí alcanza
sepulcro mi voluntad!
ESPINEL. ¡Dios la perdone tambien!
JUAN. ¡Oh, cariño sin ventura!
ANA. ¡Oh, mal lograda ternura!
ESPINEL. ¡Requiescant in pace, amen!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA, JUANA.

(Entran ambas en la escena por la boca calle de la derecha del espectador, y se dirigen hácia su casa.)

MARÍA. ¡Ay, cuántas desdichas, Juana!
JUANA. No estés tan triste.
MARÍA. Estoy muerta.
JUANA. No tienes razon, pues viste
satisfacciones tan ciertas.
MARÍA. No admite satisfacciones
quien está tan loca y ciega;
mas vamos, antes que note
mi falta mi hermano.
JUANA. Esa
prevencion es tan inútil,
que él sale de casa y llega
á nosotras.
MARÍA. Pues huyamos.
JUANA. No, que te ha visto. Pendencia
tendremos.
MARÍA. Poco me importa.
LUIS. *(Sale de la casa y acercándose á ella.)*
¿De dónde vienes?
JUANA. De cerca
de aquí.
MARÍA. Sí... de Cañizares...
JUANA. Se acaba ahora la novena...

LUIS. No temas, que no te riño: *(A Doña María.)*
pues si he sentido tu ausencia
viniendo á casa á buscarte,
es solo porque desea
mi alma pedirte un favor.

MARÍA. Manda pues.

LUIS. Oyeme atenta.
Yendo en casa de Doña Ana...

MARÍA. ¡Ay Juana! mas que nos cuenta *(Ap. á Juana.)*
lo mismo que habemos visto!

LUIS. Entró por acaso á verla
detrás de mí un caballero,
que puede que por las señas
conozcas, y que se llama
Don Diego de Silva.

MARÍA. Espera...
¿Don Diego, dices?

LUIS. Don Diego.

MARÍA. ¿Sola estaba?

LUIS. No, con ella
estaba....

MARÍA. ¿Quién?

LUIS. No lo sé:
una señora encubierta.

MARÍA. ¿Conocístela?

LUIS. No tuve
ni cuidado ni advertencia;
pero no es esto del caso.

MARÍA. Pues yo juzgué que pudieras...
en fin, ¿qué pasó?

LUIS. El entró
con la cara descompuesta,
perdido el color, la voz
turbada, torpe la lengua:
no sé lo que dijo.

MARÍA. ¡Ay triste!
¿reñiste con él?

LUIS. No, afuera
en vano le esperé un rato
como le dije.

MARÍA. ¡Ay, que muerta
estaba! Mas ¿no salió?

LUIS. Yo no le he visto.

JUANA. *(Aparte.)* (¡Qué diestra
está en fingir!)

MARÍA. Y ¿qué quieres?

LUIS. ¿Qué quieres que un hombre quiera
zeloso? Trazas y engaños

que amor cauteloso intenta.
Finge que estás digustada
y que de mí tienes quejas;
vé á casa de doña Ana
que siendo huéspeda en ella
tú podrás averiguar...

MARÍA. Mas repara...

LUIS. Esta fineza
has de hacer hermana mia.
No habrá cosa que agradezca
como que á su casa vayas,
y con arte y con cautela
de mi amor y de mis zelos
tú averigües y yo sepa.

MARÍA. (Por la mano me ha ganado
mi hermano.)

LUIS. ¿Qué, estas suspensa?

JUANA. (Le pide lo que ella quiere.)

MARÍA. ¿No es posible que parezca
mal á una mujer de honor
dejar su casa por quejas
de su hermano?

LUIS. ¿Aconsejara
cosa yo que indigna fuera
de tu honor? Con una amiga
de su calidad y prendas
debiera hacerlo hoy el gusto
cuando el disgusto no fuera.

MARÍA. El gusto pudiera hacerlo
por su propia conveniencia;
pero el disgusto...

LUIS. No vayas
si eso te dá tanta pena.

MARÍA. No digo tanto.

JUANA. (¡Si está
rabiando por ir!)

LUIS. No creas
que te lo exijo, no quiero
molestarte.

MARÍA. Espera, espera:
no te disgustes tan presto.
Yo iré.

LUIS. Porque no te deba
nada, no quiero que vayas.

MARÍA. Pues yo quiero, aunque no quieras.
¿Cuándo ha de ser?

LUIS. Ahora mismo.

MARÍA. ¿De noche?

LUIS. Podrá mas cierta
así parecer la causa
pues á deshoras te lleva.
MARÍA. Vamos pues. Quédate tú,
Juana.
LUIS. Sí, que yo en la puerta
te dejaré.
JUANA. Guárdeos Dios. *(Entrándose en la casa.)*
LUIS. *(Echando á andar con su hermana hácia la derecha.)*
Páguete Dios tu fineza.
MARÍA. (¡Ay, pobre hermano! No sabes
que con mi gusto me ruegas.)
(Vánse ambos por la derecha.)

ESCENA II.

(Bajan por el fondo del teatro DON JUAN *y* ESPINEL: *se paran al llegar frente á la casa de Don Luis.)*

JUAN. Quédate aquí mientras yo
hago en la calle la seña
por no entrar dentro de casa.
ESPINEL. Bien puedes, seguro entra;
porque no me ha de parar
en la calle ni en la puerta
hombre humano ni viviente
aunque un ejército venga.
JUAN. ¿De cuándo acá tan bizarro?
ESPINEL. Cuando esto verdad no sea,
quéjate de mí.
JUAN. ¿Qué armas
traes para tales empresas?
ESPINEL. Traigo mi espada y mi daga,
y no miento. ¿Quieres verlas?
JUAN. No; ¿para qué? Tan valiente
verte, me place de veras:
haré de tí confianza
y he de entrar hasta la reja
del patio por ver si hablamos.
ESPINEL. Entra muy enhorabuena.
(Entra Don Juan en la casa.)

ESCENA III.

ESPINEL, *solo.*

(Vá sacando de la capa los objetos que indican los versos.)

ESPINEL. Ya estamos, señor don miedo
en la estacada y palestra,
de donde hemos de salir
con bizarra diligencia.
Juego de manos parece;
y será la vez primera
que el miedo juegue de manos
pues siempre las tuvo quedas.
Salga de la guarnicion
de la daga en que está puesta
luego una cuerda encendida
que en la guarnicion revuelta
de la espada, nadie duda
que aquí á lo oscuro parezca
un mosquete, que cargado
tiene calada la cuerda.
La vaina venga tambien
para que la horquilla sea
de este mosquete mental;
y puesto de esta manera
á lo tudesco plantado
daré á todas partes vuelta.
¿Quién se atreverá á pasar
viendo relucir la mecha
en lo oscuro? Mas si acaso
hay alguno que se atreva...
echo á correr calle abajo
y no paro hasta Vallecas.

ESCENA IV.

ESPINEL, DON DIEGO, *que viene por la izquierda y se detiene un momento en la esquina de la derecha del espectador, despues baja hácia la casa de Don Luis.*

DIEGO. No es la hora todavia
de la cita. Que desea
escribióme doña Ana,
que vaya esta noche á verla.
¡Qué fácilmente á sus ruegos
inclinóse mi entereza!
Mas me dice que á las nueve
me tendrá la puerta abierta
y son apenas las ocho.
Esperemos.
ESPINEL. Que se acerca
alguno; sino los ojos
me lo dicen las orejas.

DIEGO. Iré á buscar á don Luis
á su casa, porque entienda
que hoy no dejé de seguirle
por temor de sus bravezas,
sino por otras desdichas
que siguieron la primera.
De que me creerá no dudo;
que á su casa no viniera
buscándole si...

ESPINEL. *(Soplando la mecha encendida.)* Alto allá.

DIEGO. ¿Qué es esto?

ESPINEL. Luego se vuelva
quien viene por donde vino
que hay inconveniente en esta
calle.

DIEGO. ¡Que el paso me estorban!

ESPINEL. Cortesmente que se vuelva,
repito, porque si no
lo dirá de otra manera
la boca de este mosquete
con dos balas.

DIEGO. ¡Qué vergüenza!

ESPINEL. (¡Qué miedo dá ser valiente!)

DIEGO. Mucha prevencion es esa
para que un hombre os responda
que solo á esta parte llega
con su capa y con su espada;
mas mi valor...

ESPINEL. No se mueva,
á no ser como el cangrejo,
ó aplico al punto la mecha.

DIEGO. Si guarda sois de esta casa,
á mí venid, y depuesta
la ventaja, con la espada
defended la entrada de ella.

ESPINEL. Para haber de deponer
la ventaja, no viniera
cargado desde mi casa
con un mosquete que pesa
cien arrobas: vuesarced
como se vino se vuelva,
y créame.

DIEGO. Yo lo haré;
mas ha de ser como entienda
que me voy por no importarme
pasar por aquí; y aquesta
accion tan aventajada
no la tengais á flaqueza.

ESPINEL. No tendré sino á gordura.
DIEGO. *(Yéndose por el fondo.)*
¿Con mosquetes á la puerta
de don Luis la misma noche
que ha tenido una pendencia!
Miedo gasta; mas de dia
le buscaré. *(Vase.)*

ESCENA V.

ESPINEL, *á poco* DON LUIS.

ESPINEL. Ha sido buena
la invencion; pero ¡qué susto
me ha hecho pasar! ¿Quién se acerca?
(Sintiendo aproximarse á Don Luis, que llega por la derecha, y soplando la mecha.)
LUIS. ¿Quién me detiene?
ESPINEL. Quien puede.
LUIS. Ved que soy...
ESPINEL. Sea quien sea.
Por otra calle habrá paso
que está muy cerrada esta.
LUIS. ¿Quién lo dice?
ESPINEL. A la pregunta
le van á llevar respuesta
las balas de este mosquete.
LUIS. Tened, no caleis la cuerda;
que para un hombre no más
ya es mucha ventaja esa.
ESPINEL. Si un hombre no más estorba,
un hombre no más se vuelva,
que un hombre no más lo pide.
LUIS. Es demasiada llaneza
querer estorbar que entre
en mi casa.
ESPINEL. Quizá es esa
la causa que aquí me tiene.
LUIS. Obedeceros es fuerza;
mas ya sé quien os envia.
ESPINEL. Sabed muy enhorabuena.
LUIS. Que quien no tuvo valor
hoy para salir afuera
y se quedó entre mujeres,
no es mucho que temor tenga
tan grande que con mosquetes
me venga á rondar las puertas.
Pero yo le buscaré.

ESPINEL. Buscadle donde os parezca.
LUIS. A casa de doña Ana
irá tal vez: en su puerta
le he de esperar y por Dios
que si se acercase á ella,
de este agravio y de mis zelos
allí he de vengar la ofensa.

ESCENA VI.

ESPINEL, *á poco* DON JUAN.

ESPINEL. Viendo un mosquete á la vista
el más alentado tiembla.
JUAN. ¡Que no haya doña María *(Hablando para sí.)*
querido escuchar siquiera
disculpas! Con Juana estuve
hablando por esas rejas,
y dice que no está en casa
su ama: claro es que se niega.
ESPINEL. ¿Quién viene?
JUAN. ¿Quién vá? ¿Es don Luis?
si acaso... *(Poniendo mano á la espada.)*
ESPINEL. ¡Señor!...
JUAN. ¿Qué intentas?
ESPINEL. Te estoy guardando la calle.
JUAN. ¿Qué es esto? *(Reparando en la mecha.)*
ESPINEL. Un mosquete en pena,
pues, fantástico no más,
tiene solo la apariencia.
JUAN. Pues ¿con escándalo tal
me destruyes? ¡Loco, bestia,
vil, cobarde! Vive Dios,
que tengo mucha paciencia
si por tan necia locura
no te rompo la cabeza.
No me sigas, que no quiero
verte en mi vida. *(Váse por la derecha.)*
ESPINEL. *(Siguiéndole.)* No sea.
Vuelvan todas mis alhajas
á su forma y su materia.
Iré tras él, y aunque tarde,
á casa daré la vuelta.

ESCENA VII.

Se trasforma la decoracion á la de los actos segundo y tercero.

DOÑA ANA, DOÑA MARÍA.

ANA. ¿Quién dijera que podia
rodearse de manera
el suceso que viniera
yo á agradecerte en un dia
pesares tuyos, María?
Y aqueste te he agradecido
por haber la causa sido
de haberte visto otra vez
donde al amor haga juez
que en nada te he deservido.

MARÍA. Perdona mi sinrazon
porque un zeloso sin ella,
por todo amiga atropella.

ANA. No quieras otra ocasion
de mayor satisfaccion
de que don Juan ha salido
de casa. A buscarte ha ido
quejoso, ofendido y loco;
y no me tengo en tan poco
que lo hubiera consentido
si una palabra siquiera
de amor le hubiera escuchado,
ni él si lo hubiera pensado,
tan libremente se viera
que á buscar á otra se fuera.

MARÍA. Más satisfaccion no espero.

ANA. Sí, que al dominio primero
no volviera, aunque huyó esquivo,
de cautivo fugitivo,
voluntario prisionero.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON DIEGO, INÉS.

INÉS. Aquí mi señora está.
Entra.

ANA. ¡Don Diego, mi amor!

DIEGO. ¿Y tu padre?

INÉS. Mi señor
está recogido ya.

ANA. Tiempo para hablar nos da
como mi afan lo procura.
INÉS. Lugar mi fé os asegura. *(Yéndose.)*
DIEGO. ¿Y qué me vendrá á importar
el tener tiempo y lugar
si me falta la ventura?
ANA. Ya estamos solos, don Diego,
solos; que doña María
es mitad del alma mia.
Escúchame atento, y luego
ya que á tanto extremo llego,
me responderás, y así
saldremos los dos de aquí
ó satisfechos ó no.
¿En qué te he ofendido yo?
¿Qué queja tienes de mí?
(Don Diego guarda silencio.)
MARÍA. ¿No os habeis asegurado
de una vana presuncion
viendo la satisfaccion
que á vuestros zelos ha dado?
DIEGO. Yo confieso no he quedado
de doña Ana zeloso;
pero de su amor quejoso
sí, y con bastante ocasion.
MARÍA. Poned la queja en razon.
DIEGO. Escuchad. Un cauteloso
pecho ha tenido un secreto
tan recatado de mí,
que jamás capaz me ví
de su causa ni su efeto;
sentimiento tan discreto
ni fué amor ni serlo pudo:
y así esas finezas dudo
cuando á ver, doña Ana, llego
que amor que en todos fué ciego,
en tí solo ha sido mudo.
ANA. Don Diego, mayor fineza
fué callar una mujer
lo que te pudo ofender
causándote mas tristeza:
y así el callar fué firmeza
de mi amor, por excusar
tu tristeza y tu pesar.
Considera si en efeto
es quien te calló el secreto
la que más te supo amar.

ESCENA IX.

DICHOS *é* INÉS.

INÉS. ¡Ay, señora, muerta vengo!
ANA. Inés, ¿qué dices? ¿qué tienes?
INÉS. Vino de fuera don Juan
ahora y me dijo: «advierte
que Espinel se queda fuera
porque lejos de mí viene.
Baja á abrirle de aquí á un rato.»
Yo bajé...
ANA. Bien, ¿qué sucede?
INÉS. Estaba embozado un hombre
en la calle... preguntéle
si era Espinel, que sí, dijo;
adentro pasó, y halléme
que no era Espinel!
DIEGO. ¿Y adónde
está el hombre!
INÉS. Escucha, advierte
que hay más desdichas. Dí voces,
y el mayor daño es aqueste,
que despertó mi señor;
y al escuchar que anda gente
se levanta de la cama,
y á la luz escasa y breve
de los pasillos, le ví...
Mas ¿qué he de decir si él viene?
ANA. Don Diego, ¡por Dios! procura
en este cuarto esconderte.
(Señalando el cuarto de la izquierda.)
DIEGO. Mas...
ANA. Que nos halle á las dos
solas mi padre.
MARIA. Ya viene.
Escondéos.
INÉS. Pronto, pronto.
DIEGO. *(Don Diego entrando en la puerta izquierda.)*
(¡Cielos! ¡qué embozado es este!)

ESCENA X.

DICHOS, *menos* DON DIEGO. — DON BERNADO *con la espada en la mano.*

BERN. ¿Quién estaba ahora aquí?

ANA. Doña María que viene
porque su hermano...
BERN. No era
quien estaba solamente,
que un hombre salió de aquí.
ANA. ¡Señor, que dices! Advierte
que nosotras dos no mas...
BERN. Dadme aquesa luz.
ANA. Detente.
BERN. Que deste modo he de ver
mi desengaño ó mi muerte.
ANA. Espera señor.
(Siguiendo como las demás á Don Bernardo.)

ESCENA XI.

DON LUIS *solo, sale por el lado opuesto al que se van los otros personajes.*

LUIS. Las voces de la criada
toda la casa revuelven,
y yo no acierto por dónde
he de salir, ni á esconderme
tampoco acierto. Mal hice
en entrar; mas ya ¿qué puede
escusarse estando dentro?
Sospecho que gente viene
y este cuarto no está abierto,
(Señalando al de Don Juan.)
este balcon me recele
de quien me busca.
(Entrase en el balcon, cierra la puerta y echa las cortinas.)

ESCENA XII.

DON JUAN, ESPINEL.

JUAN. ¡Menguado!
ESPINEL. ¡Que me hayas de reñir siempre!
JUAN. ¡Pues no!
ESPINEL. Que están en la casa
alborotados parece.
JUAN. Pues vamos á recogernos
que no quisiera supiese
don Bernardo, que yo habia
salido.
(En el momento de ir á entrar Don Juan en su

aposento, se abre la puerta y aparece Don Diego.)

JUAN. ¿Qué miro?

ESPINEL. ¿Hay duendes?

ESCENA XIII.

DICHOS, DON DIEGO.

DIEGO. Señor don Juan, pues que sois
un caballero que tiene
obligaciones y sabe
las que en tal caso se deben,
confiarme podré á vos
pues que...

JUAN. Decid que sucede.

DIEGO. Con doña Ana estaba hablando
cuando su padre nos siente;
en esta pieza me oculta
iba á salir y...

ESPINEL. ¡Que vienen!

JUAN. Volved al punto á esconderos,
nada vuestro honor recele:
que en ocasiones de amor
cuando escusarse no pueden
los lances, sé yo muy bien
el amparo que se debe
á una dama y á un amante.

ESPINEL. ¡El viejo! *(Entrase Don Diego.)*

ESCENA XIV.

DON JUAN, DON BERNARDO, ESPINEL.

JUAN. ¿Vos de esta suerte?
¿Dónde vais?

BERN. Buscando un hombre
que corriendo velozmente,
desde mi cuarto se vino
huyendo, y se ha entrado en este.

JUAN. Aquí ningun hombre ha entrado.

BERN. Yo seguí sus pasos leves
á la vislumbre y ví el bulto.

JUAN. Pues yo os afirmo que en este
cuarto estoy solo.

BERN. Me dais
ocasion de que sospeche
que erais vos.

ESPINEL. (¡No sabe el viejo

de sospechas.)

JUAN. No comprende
mi amistad...

BERN. Os veo vestido,
negando lo que no puede
dejar de ser, pues yo mismo
le ví entrar; y así parece
que erais vos.

JUAN. Y si lo fuera,
decidme ¿qué inconveniente
fuera decir que era yo?

BERN. El daño don Juan es ese,
el negarlo. Y pues negais
lo mismo que claramente
ven mis ojos, me agraviais.

ESPINEL. (Al viejo se le revuelve
el muerto valor.)

JUAN. Señor,
que muera yo infamemente
á manos del mas amigo
si yo fuí quien os parece.

BERN. Pues otro fué, y está aquí
y sois de cualquiera suerte
ya encubridor ó ya reo
á mi honor ingrato huésped.

ESPINEL. (¡No lo dije!)

JUAN. Reportaos,
Que en todo cuanto se debe
á vuestro honor y respeto,
sé cuerda y honradamente
cumplir mis obligaciones.

BERN. Pues permitidme que entre
á ver aqueste aposento.

JUAN. ¿Dudais?

BERN. Mi honor no consiente
menores satifacciones.

JUAN. (¡Y dí de favorecerle
palabra á don Diego!)

ESPINEL. (Corro á ver si doña Ana puede
enderezar este entuerto.) *(Váse.)*

BERN. ¿Qué pensais? ¿El qué os suspende?
¡vive Dios que lo he de ver!

JUAN. Detente, señor, detente,
no has de verlo, vive Dios!

BERN. ¿Estorbar quereis que entre
en mi casa!

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA ANA, DOÑA MARÍA, ESPINEL, INÉS.

ANA. ¡Señor! ¡Padre!
BERN. ¡Tú doña Ana!
ANA. ¡Detente!
Si quieres saber quien era
el hombre que viste, atiende.
Era Don Juan.
JUAN. ¡Yo!
ANA. Don Juan,
no es tiempo de que lo niegues.
El es de doña María
amante, por eso viene
ella á mi casa, cual ves,
por poder hablarle y verle.
Por ella le sucedió
la desgracia que le tiene
retraido. ¿No es verdad?
MARÍA. ¿Eso quién negarlo puede
si yo misma lo confieso?
BERN. Entonces... *(Envaina la espada.)*
(Reparan todos en Don Luis que sale del balcon.)

ESCENA XVI.

DICHOS, DON LUIS.

LUIS. No hay quien lo niegue;
mas sí habrá quien lo castigue.
ESPINEL. ¿Por dónde vino este duende?
INÉS. ¿A aqueste fué á quien yo abrí?
LUIS. Yo he sido: de que revele
habrá tiempo porque vine
buscando á mi hermana y dejen
que ahora lo calle que al ver
mis desdichas claramente
al hombre por quien ha dias
tanto mi opinion padece,
causando en mi misma casa
mil escándalos y muertes,
no me dá lugar mi agravio
mas que de satisfacerle.
(Empuña la espada y detiénele Don Bernardo.)
BERN. Tened la espada, don Luis;

que si vuestro agravio es ese
os estará á vos muy bien
la satisfaccion que tiene
si le dá á doña María
mano de esposo.

LUIS. Aunque fuese
así, yo estoy ofendido;
pues mi hermana á verle viene
hoy á tu casa.

MARÍA. Tú mismo
me rogaste que viniese.

BERN. ¿Qué decís, don Luis de esto?

LUIS. Que hora es que mi agravio cese
y cese tambien la causa
que tan confusos nos tiene.
Sea mi hermana de don Juan;
(La pasa al lado de Don Juan que la estrecha la mano con alegria.)
y pues sabeis que merece
mi sangre unirse á la vuestra,
ser de doña Ana pretende
mi valor.

BERN. Yo gano en eso.

ESCENA XVII.

DICHOS, DON DIEGO.

DIEGO. *(Saliendo.)* Hay quien estorbarlo puede.

BERN. ¡Cómo!

ANA. ¡Don Diego! *(Yendo hácia él.)*

INES. ¡Aquí es ella!

ESPINEL. Los aparecidos llueven.

BERN. ¿Quién sois?

DIEGO. Un hombre, señor,
á quien todos dareis muerte
ó que tiene de estorbar
esta boda.

LUIS. Si viniese
con vos aquel gentil-hombre
cargado con el mosquete
pudiera que vuestro amor
con tal empeño saliese.

DIEGO. Eso es achacarme á mí
los temores que tú tienes.
(Van á acometerse y embarázalo Don Bernardo.)

BERN. Dentro de mi misma casa
¿qué encanto, cielos, es este?

Una pendencia y un hombre
de cada razon procede.

ESPINEL. Si quieres que yo te saque
de todo, oye atentamente.
El mosquetero fuí yo
que burló á vuesasmercedes.
(A Don Diego y á Don Luis que miran á Don Juan y les hace una seña afirmativa.)
Don Juan y doña María
há mil años que se quieren.
Ya están casados; adios.
Don Diego y don Luis pretenden
á tu hija; elija ella
al que mejor le parece.

BERN. Esto conviene á mi honor;
y así...

ANA. Don Diego merece
mi mano.

DIEGO. Dichoso soy.
(Recibiendo la mano de Don Bernardo.)

BERN. *(A don Luis.)* ¿Quién remediar esto puede?
(Don Luis hace una señal de resignacion.)

ESPINEL. *(Cogiendo de la mano á Inés.)*
Ahora entro yo con Inés,
para probar de esta suerte
que no viene solo un mal:
y don Luis se consuele!
pues si casados nos deja,
¿qué mayor venganza quiere?

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 12 *de Enero de* 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.	Robles.
Albacete.	Perez.
Alcoy.	Martí.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almería.	Alvarez.
Avila.	Palomares.
Badajoz.	Rino.
Barcelona.	Hered.ª de Mayol.
Idem.	Cerdá.
Bejar.	Coron.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Cartagena.	Muñoz García.
Castellon.	Perales.
Ceuta.	Molina.
Ciudad-Real.	Arellano.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	García Alvarez.
Cuenca.	Mariana.
Ecija.	García.
Ferrol.	Taxonera.
Figueras.	Bosch.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
I. de Puerto Rico.	Mestre.
Jaen.	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Lucena.	Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	Vinent.
Málaga.	Taboadela.
Idem.	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hered. de Andrion
Orense.	Robles.
Orihuela.	Berruezo.
Osuna.	Montero.
Oviedo.	Mántaras.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Pontevedra.	Verea y Vila.
Pto. de Sta. María	Valderrama.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Salamanca.	Huebra.
San Fernando.	Meneses.
Sanlúcar.	Esper.
Santa Cruz de Tenerife.	Power.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
San Sebastian.	Garralda.
Segorbe.	Mengol.
Segovia.	Salcedo.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Soria.	Rioja.
Talavera.	Castro.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Toro.	Tejedor.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	H. de Rodriguez.
Viga.	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.	Galindo.
Ubeda.	C. Treviño.
Zamora.	Fuertes.
Zaragoza.	V. de Heredia.

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL
LIBRARY

PQ6217
.T44
v. 91
n. 1-15